

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 761.

SUMARIO.

El sultan en Inglaterra; grabados. — Lo grande y lo pequeño en la naturaleza. — Un libro sobre la guerra. — Poesía. — Revista de la escuadra inglesa pasada en Spithead, en honor del sultan; grabado. — Revista de Paris. — Los sueños. — El jardín reservado; grabado. — El ángel de los Williams. — El rey de Portugal en Paris; grabado. — Bellas-Artes; grabados. — Oliverio. — El miopotamo; grabado. — El « Dunderberg, » buque acorazado de la marina francesa; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

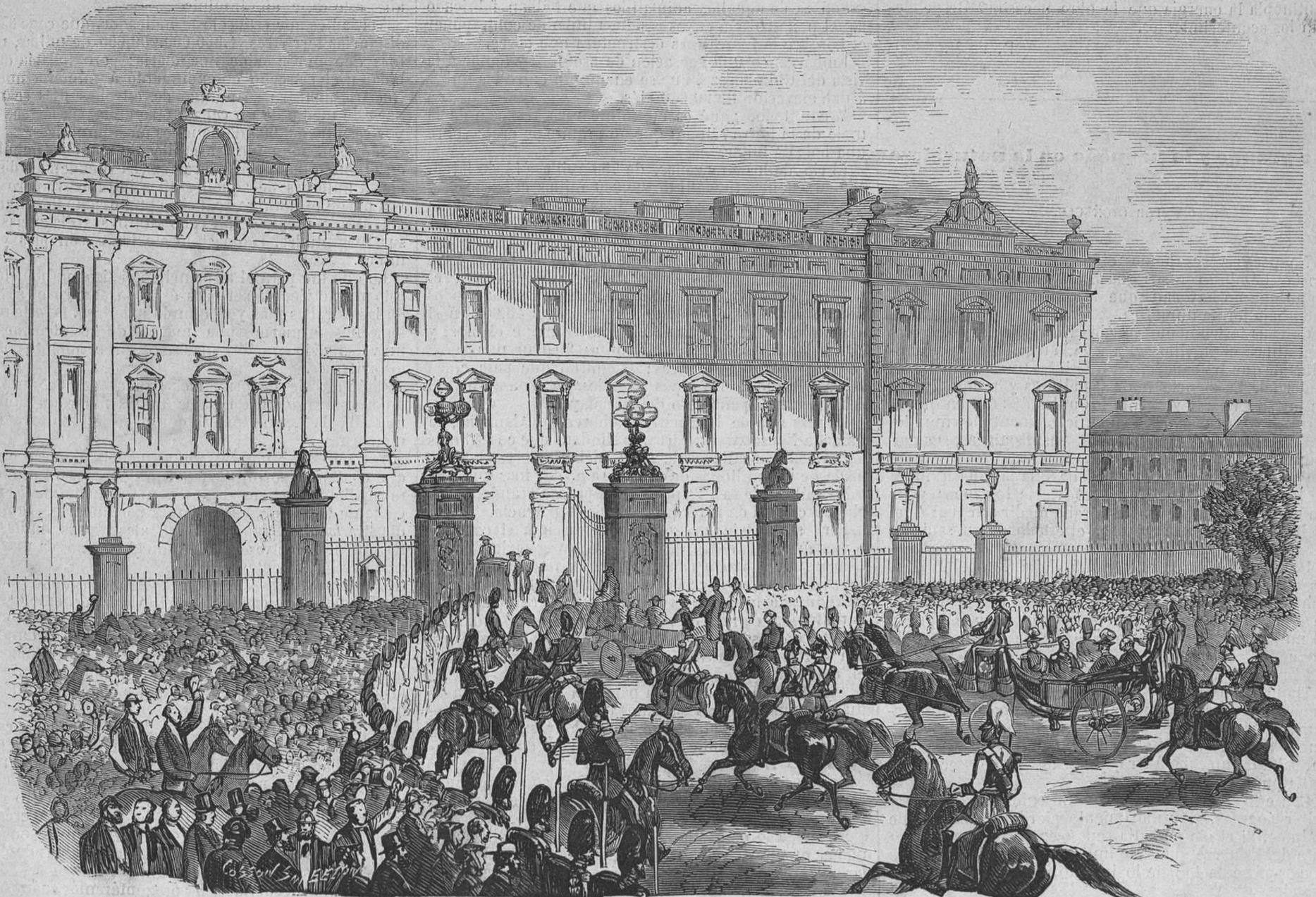
El sultan en Inglaterra.

Despues de haber visitado la Francia, no podia menos el sultan de visitar la Inglaterra. ¿No se unieron y armaron las dos grandes potencias de Occidente para defender á la Turquía contra las usurpaciones de la Rusia?

El sultan salió de Paris el jueves 11 de julio, y á bordo de la *Reine Hortense* llegó á Douvres el sábado 13. El sultan fué recibido por el príncipe de Gales, que vestia el uniforme de feld-mariscal, con el cordon y la es-

trella del Medjidié. El duque de Cambridge llevaba el mismo uniforme, con el gran cordon de la órden de la Jarretiera. La entrevista del jefe de los creyentes y de los príncipes ingleses tuvo efecto sin estrecharse la mano: Abdul-Aziz llevó la mano á su fez, y al punto los príncipes se descubrieron.

Tambien se han observado mucho las particularidades de la acogida hecha por la reina Victoria al sultan. La reina esperaba á sus augustos visitantes al pié de la escalera principal del palacio de Buckingham. Abdul-Aziz se levantó ligeramente el fez, y luego, siguiendo la costumbre oriental, saludó á la reina llevándose respetuo-



LONDRES. — Llegada del sultan al palacio de Buckingham.

samente la mano á su corazón, después á sus labios y después á su frente.

La reina de Inglaterra, los ministros y la Cité de Londres formaron empeño en hacer al soberano de los musulmanes una recepción espléndida. ¿No es el mantenimiento del imperio turco uno de los puntos fundamentales de la política inglesa?

Tan ostentosa recepción hará época en la historia de la hospitalidad británica. Todos los diarios ingleses han ponderado á porfía la fiesta dada por el ministro de la India. Desde hace diez años, dice el *Times*, no se había visto una fiesta igual en Inglaterra. Nuestro periódico debía ofrecer á sus lectores el recuerdo de esta memorable visita, y los dibujos que damos en este número, representan fielmente las tres escenas más interesantes de ella.

Sabido es que el sultán es aficionadísimo á los espectáculos guerreros. A despecho del luto general impuesto por la muerte de Maximiliano, Abdul-Aziz manifestó el deseo de ver desfilar los regimientos franceses, así como en Inglaterra quiso ver igualmente cómo maniobraba la hermosa escuadra británica, de cuyo modo la revista naval de Spithead era sin duda alguna la fiesta más de su gusto.

La revista tuvo lugar el miércoles 17 de julio, y aun cuando la Inglaterra no pudo reunir allí sino los buques que tenía en cierto modo á mano, la escuadra de Spithead no comprendía menos de treinta y un navíos de guerra, de 102.478 toneladas, con 22,527 caballos-vapor y 1,099 cañones. El espectáculo era imponente y grandioso, y las formidables detonaciones de tanta artillería, producían un gran efecto. Desgraciadamente el estado del mar era tan violento, que el sultán debió contentarse con la revista: la escuadra no pudo ejecutar las maniobras señaladas en el programa.

En tan solemne ocasión, la reina condecoró al sultán con la orden de la Jarretiera.

El banquete dado á Abdul-Aziz por la Cité de Londres, ha sido igualmente de gran magnificencia. Todo el mundo sabe que la recepción de los soberanos por el lord-corregidor, es de tradición en Inglaterra. Se presentó un mensaje al sultán, quien respondió que el objeto de su viaje era ver lo que le quedaba que hacer en Turquía para completar la obra que había comenzado, y para fortificar las buenas relaciones que unen á la Inglaterra y la Turquía. Añádese que en sus conversaciones con la reina, el sultán prometió dar á la Creta un gobernador cristiano y una constitución. La promesa es excelente, y si se cumple, mucho ganará en ello la Turquía.

Abdul-Aziz salió de Inglaterra el 23 á las once con dirección á Turquía pasando por Viena, donde será recibido como en París y Londres, esto es, con los más señalados honores. Esta larga expedición por el país de los infieles, mostrará al jefe del islamismo lo que el Oriente debe hacer para obtener el poder de que disfruta el Occidente. Mas ¿tendrá el gobierno de Constantinopla la energía que la obra necesita? Responderán los acontecimientos.

R. DE M.

Lo grande y lo pequeño en la naturaleza

POR OTON ULE.

No pocas veces hemos oído ponderar el poder con que el hombre con sus guarismos domina al universo, como que no hay nada que la ciencia no haya conjurado bajo forma numérica.

Con sus instrumentos puede ella medir las cosas más diminutas, el polvillo del ala de la mariposa, los globulillos de nuestra sangre, las invisibles corazas silíceas del pedernal. La ciencia mide las alturas y profundidades de nuestra tierra, y cuenta los miles de años en que se formaron las capas de la superficie. Cuenta los mundos del cielo, mide sus magnitudes, sus distancias, sus movimientos.

Por medio de guarismos ordena ella la vida química de la materia, en guarismos convierte los tonos y las ondulaciones de la luz. Hasta sabe medir con guarismos el bienestar de las naciones, el estado de su sanidad, de sus artes y cultura.

Pero, en medio de este triunfo del ingenio humano, se nos pasan por alto algunas consideraciones; pues echamos en olvido que no siempre nos dan los guarismos representaciones claras y precisas, y que no puede el número fundar nuestro juicio sobre lo grande y lo pequeño.

El número se alcanza con la medición; y esta no es más que la comparación con una unidad conocida, la medida. Cuantas más unidades de estas podemos distinguir, tanto mayor nos aparece un objeto. Ni aun el ojo puede recorrer de un golpe una larga línea. En la curva, salta de un cabo á otro, y descansa con placer donde halla puntos de reposo.

Con esto se ven forzados los músculos del ojo á describir ángulos, y su movimiento pierde la longitud de la línea. Si el ojo no halla reposo en parte alguna, cansase del esfuerzo que se le impone, y se allana á darnos una representación de lo infinito, de lo infinitamente grande.

Si no puede ya el ojo distinguir, ni ponerse en activo

movimiento, desde luego deja de medir, vuela ante él la representación de la magnitud para convertirse en lo infinitamente pequeño.

¿Quién no habrá sentido lo dicho, si ha andado alguna vez por una carretera desierta, ó entre árboles de igual elevación y forma, ó entre casas de fábrica igual y en forma de cuarteles, ó si, situado sobre la cumbre de una montaña, ha mirado á sus piés una multitud de verdes colinas ó de peñascos desnudos y destrozados?

¿Quién no habrá sentido el mismo vértigo de lo inconmensurable si alguna vez ha fijado la vista en un solo punto, una molécula de polvo, ó unachispa de luz?

Pero si se ha familiarizado con aquella enojosa hilera de casas semejantes, y sabe distinguir aquellas fábricas uniformes por sus habitantes y su interior, desaparece entonces á sus ojos la impresión de lo infinito; y si un microscopio le aproxima aquella misma partecilla de polvo; si la reconoce como fábrica de animalillos individuales, en quienes hasta llega á distinguir órganos, entonces aprende á admirar también la grandeza de lo infinitamente pequeño.

Si nuestro juicio sobre lo grande y lo pequeño se funda en la medida, ya se deja entender que lo certero de esta operación dependerá de la medida que nos sirva de comparación.

De ahí el haberse mostrado el hombre tan propenso, ya desde los primitivos tiempos, á tomar la medida de su propio cuerpo, de sus brazos, de las manos ó de los piés, que tenía más cercanos, y que mejor conocía: pues en cuanto perdemos la medida de nada nos sirven los guarismos.

A los que están acostumbrados á medir con pequeñas medidas, y que viven en un mundo de pequeñeces, les aparece grande todo lo extraño.

Esto lo habrá experimentado el que, saliendo de los llanos de sus hogares, suba á una serranía; el que, procedente de la pequeña ciudad donde nació, se meta en el bullicio de una gran capital; y esto mismo experimentamos todos, cuando de repente viene á interrumpir el huracán de la historia del mundo la uniforme y eterna paz de que poco antes disfrutábamos.

Pero también por grados nos vamos acostumbrando á la medida mayor; nos deja el vértigo que sentíamos ante los abismos y despeñaderos, mengua el asombro que nos causara la magnificencia de las grandes capitales, y no nos infunden el mismo pasmo las grandiosas figuras de la historia.

Así es como todo es grande y todo pequeño, según lo consideramos por sí solo ó en su posición con respecto al todo. No hacemos alto en los individuos de los animalillos infusorios, porque no se ven con el ojo desnudo.

Pero cuando, en el año 1843, se voló el peñasco Round Down de Dóvres con la potencia de 185 quintales de pólvora; cuando se vió que 20 millones de quintales de fragmentos de caliza cubrían una superficie de 24 yugadas de 30 piés de alto, causó no poco asombro la grandeza de aquellos animalillos que habían fabricado aquel peñasco, y á cuyos residuos hubo de contraponer el hombre la fuerza más destructiva que posee.

Embárganos una sensación de asombro y temor á la vista del Chimborazo, que se encumbra entre las nubes á una elevación de 20,000 piés.

Y con todo, ¿qué es el Chimborazo respecto de la mole de la tierra? Menos que un granito de arena sobre una bola de billar.

El río de las Amazonas, de 750 millas (1) de largo, con su cuenca fluvial de 90,000 millas cuadradas, y con su desembocadero de 50 millas de ancho, semejante á un mar, se nos aparece como un portento entre los ríos.

¿Pero qué son sus moles de agua, al lado de los 4 1/2 millones de millas cúbicas de agua que abarca el Océano, cuyas profundidades no pudieran llenar todos los ríos juntos con sus aguas en menos de 40,000 años! Apenas hacemos alto en la sal que contiene el mar; y no obstante, todas sus sales juntas forman una mole de 150,000 millas cúbicas; magnitud que puja cinco veces sobre todos los Alpes reunidos, y equivale á los 2/3 del antemural peñascoso del Himalaya.

La más rica de las fuentes salobres de Alemania, la llamada Neusalzwerk, cerca de Minden, que en 24 horas da 64,800 piés cúbicos de agua, debería correr por espacio de dos millones de años para no dar más que una milla cúbica de sal. Tampoco nos parece grande un lecho de carbon de piedra de 44 piés de potencia.

Pero si reflexionamos en su formación, si consideramos que, en medio de la más rica vegetación de los trópicos, la formación de una capa de numus de 9 pulgadas de espesor necesita casi un siglo, que esta se ha de reducir á la vigésima séptima parte para alcanzar la densidad del carbon de piedra; que, por consiguiente, aquel lecho es obra de más de 150,000 años, nos asombra la grandiosidad que viene á ostentar la naturaleza en aquellas pequeñas capas de mineral.

Así es como todo viene á parar en grande, hasta lo más pequeño, cuando hallamos una medida que nos señale su conexión con lo que le rodea, y su formación; cuando se nos manifiesta como producto de causas aisladas.

Solemos emplear medidas pequeñas cuando ponderamos la magnitud de una cosa, ó queremos engañarnos á nosotros mismos ó á los demás.

No suena lo mismo que se han andado 10 millas alemanas que 50 millas inglesas. Una hora nos parecerá larga, si llamamos la atención á sus 86,400 segundos;

(1) Millas alemanas de 15 al grado.

10,000 francos parecen más dinero que 400 libras esterlinas; y mayor efecto se producirá, si contamos por reis portugueses.

Más cuando no estamos interesados en ilusionar nuestra inteligencia, cuando deseamos recibir una clara idea de la magnitud, procuramos simplificar los grandes números que nos engañan con su sonido, y echamos mano de mayores unidades de medida. Pero estas medidas deben ser accesibles á nuestro entendimiento, y han de ser para él comprensibles.

Sin duda que á muchos les habrá ocurrido cuán difícil es señalar distancias que no han recorrido. Si se le pregunta á uno cuánto dista Londres ó San Petersburgo del punto de su residencia, si no se le presentan á la memoria algunos recuerdos de muchacho, de cuando en la escuela le enseñaban geografía, procura salir del paso comparando las distancias que le da el mapa, ó su imagen, con otras ya por él conocidas.

Lo propio le pasa al filósofo que allá se hunde en los espacios infinitos del universo. Gradualmente se ha ido hallando en su casa en el mundo más cercano del sistema planetario; en seguida se ha acostumbrado á considerarla como admitida en el dominio de sus ideas, la distancia de la tierra al sol.

Lo que para el aldeano es la distancia de su cortijo á la gran ciudad más cercana, aunque nunca se curó de distancias y aunque nunca haya llegado hasta ella, esto mismo es para el filósofo, habitante de la tierra, la tirada de 21 millones de millas hasta el sol (pues el sol es para él lo que para el aldeano la gran ciudad); medida ordinaria, como si él mismo hubiese andado más de una vez este camino.

Bien así como sabe el campesino que un buen andarín llega en tantas horas á la ciudad, asimismo sabe el filósofo que el veloz corredor, la luz, llega á él en 8 minutos desde el sol.

Ya no se pregunta el filósofo si puede representarse aquellos millones de millas, puesto que las ha concebido como unidad, como distancia de la tierra: ya no se pregunta si él puede medir y pesar la mole de la tierra de 2,650 millones de millas cúbicas, y su peso de 13 1/2 cuatrillones de libras, pues mide y pesa con eso, sin darse mayor molestia, los planetas vecinos.

Trasforma él para sí la tierra en una arveja, y la coloca á 63 pasos de la esfera solar, con un diámetro de 14 pulgadas, y en seguida á 329 pasos coloca á Júpiter, y á 616 pasos á Saturno, este con un diámetro de 1 1/4, y aquel con el de 1 1/2 pulgada.

No más que á 2,500 pasos más allá pudiera colocar el último planeta conocido; y dos millas más lejos vería errar los cometas. Sale entonces á las estrellas fijas; y ya no sirven como medida sus distancias terrestres; por cuanto estas distancias las abarcan ya á miles y á millones.

En este caso, buscando siempre representaciones reales, huye de los guarismos monstruos, y adopta una nueva medida en el espacio que recorre la luz en un año, esto es, el año lumínico.

Verdad es que este celeste indicador, que coge 63,000 distancias terrestres, 1.300,000,000,000 de millas, no es más que una medida imaginaria; pero todavía da cabida en el estrecho entendimiento á números nuevos. Nuestro monstruoso mundo de estrellas fijas se mide por este medio de un cabo á otro de la vía láctea, y da por resultado 8,000 de aquellos años lumínicos.

Llégase finalmente á los miles de manchas nebulosas en el fondo del cielo, y otra vez se extienden las distancias á millones de aquellos años lumínicos, pero otra vez puede el hombre reducir á puntos aquellos mundos gigantes, y medir de un cabo á otro sus distancias con sus magnitudes, como si lo efectuara con piés y con millas.

Lo que fué para él al principio el sistema planetario, esto mismo viene á ser para él uno tras otro el sistema de las estrellas fijas y el mundo nebuloso. De este modo logramos formarnos una imagen de la extensión del universo y sin grandes guarismos, precisamente porque los evitamos.

Cuéntase de los primitivos habitantes de Nueva Holanda que su idioma no alcanza á señalar un número más allá de 7, que todo lo que pasa de 7 es para ellos monstruoso.

Verdad es que nosotros hemos adelantado más, puesto que contamos por miles y por millones; para eso tenemos palabras; ¿pero acaso tenemos mucho más? Francamente hablando, casi estamos por dudar. También nuestra facultad representativa alcanza sus límites, en los que el número más determinado no nos da más que una cantidad indeterminada.

Cuando estamos acostumbrados á considerar ciertas cantidades como enteras, por la vista frecuente del objeto, no puede negarse que las indicaciones, tales como 1,000 pesos, 1,000 varas, tienen un significado completo; donde, empero, no podemos contar, ó no tratamos de hacerlo, estamos dispuestos á usar grandes números, en testimonio de que otra vez tenemos delante cantidades indeterminadas.

Si preguntáramos á nuestros lectores cuántas estrellas hay en el cielo, seguramente que los más de ellos contestarían que á millones. Mas si les dijéramos que ni aun la vista más perspicaz (sin telescopio, se entiende) puede ver más de 2,342 estrellas en todo nuestro cielo setentrional, seguramente que no nos darían crédito, á no irles enseñando y contando una por una, en una carta astronómica, todas las estrellas visibles desde la primera hasta la sexta magnitud.

Lo propio sucedería, si les preguntáramos cuánto material de fábrica han ido reuniendo los hombres, de

6,000 años á esta parte. Si, antes de haber puesto en guardia al lector, le hubiésemos dirigido esta pregunta, es probable que, en este caso, hubiera dicho lo que los indígenas de Nueva Holanda, á saber, que era una monstruosidad.

Y no es extraño que no se atreva á decir cuánto, puesto que nunca ha tratado de formarse de esto ni siquiera una idea aproximada. Pero si decimos al lector que todas aquellas fábricas vienen á formar apenas una milla cúbica, es muy probable que menee la cabeza, como para decirnos que no nos cree.

Quizá algunos de los que nos están leyendo empiecen á calcular; y en este caso no podrán menos de reconocer que aun es exagerado el producto que arriba hemos dado.

¿Pero de dónde procederá esta contradicción? Procederá sin duda de que no tenían una idea bien clara de lo que es una milla cúbica; y estaban aguardando para lo grande muchos guarismos, y nosotros hemos dado una unidad solamente.

Verdad es que también hubiéramos podido dar, como producto, 13.824,000 millones de piés cúbicos; y esto quizás no hubiera disonado tanto. Pero mejor será que lo probemos, valiéndonos de puntos de comparación conocidos.

Diremos, pues: Imaginaos los materiales de fábrica acumulados por los hombres en el espacio de 6,000 años, extendidos todos sobre una superficie de 24,000 millas cuadradas, y por consiguiente, sobre el suelo con corta diferencia, de toda la Francia y de la Alemania, y veis que lo levantarán de un pié.

Tal vez no parezca ya esto tan pequeño. También pudiéramos decir: tended todo el agigantado murallon de los Pirineos por el suelo de la Francia; y no lo levantará mas que de 108 piés. Pero coged todos los despojos humanos, tendedlos sobre la misma superficie, y no lo levantarán mas que de 2 1/2 piés, esto es, solo llegarán á 1/44 de la gran cordillera.

Esto causará asombro sin duda; pero pudiéramos levantar este asombro hasta la duda, si añádiésemos que de tales escombros de fabricación humana pudiéramos levantar unas 270 montañas como el Vesubio, ó 5 colosos como el Monte Blanco.

De lo dicho resulta que porque, en vez de todas estas perífrases, usamos la sencilla expresión de milla cúbica, apareció tan pequeño lo que ahora ha venido á ser tan grande. Y así nos sucede siempre que medimos con medidas que están fuera del dominio de nuestras ideas acostumbradas.

Los números son resultados de cálculos. Pruebe el lector de fabricar en su espíritu lo que puede haber fabricado la especie humana en 6,000 años, y mida después lo fabricado.

Viven actualmente en la tierra unos 1,000 millones de hombres. Pero solo una pequeña parte vive en habitaciones sólidas, edifica ciudades y abre carreteras. Admitamos que desde un principio haya habido constantemente 300 millones de hombres con albergues sólidos, suposición alta en demasía para la antigüedad.

Por término medio se cuentan en San Petersburgo 57 personas por casa, en París 28; pero en ciudades mas pequeñas como Weimar, Erfut, etc., de 10 á 11 solamente. De ahí es que en general podemos admitir que hay una casa para 10 personas.

Supongamos que, una con otra, tengan estas casas 50 piés de largo, 30 de ancho y 30 de alto; que tengan dos pisos y seis aposentos en cada uno, que todas las paredes sean macizas, las exteriores de un pié de espesor, y las interiores de medio pié al menos. En este caso, tenemos, para material de tal casa, 8,700 piés cúbicos, de modo que corresponden 870 piés cúbicos por persona.

Por consiguiente, aquellos 300 millones de hombres vienen á componer todos juntos un material de fábrica de 261,000 millones de piés cúbicos. Admitamos además que todos estos edificios se renueven completamente todos los 120 años, que sus escombros levanten la superficie de la tierra; y tendremos, para las fábricas de los 6,000 años la suma de 13.050,000 millones de piés cúbicos, y por consiguiente, aun no una milla cúbica.

Aunque para completar la milla cúbica nos quedaban todavía los materiales de la carreteras, diques, calzadas, etc., de poco nos serviría, aun cuando duplicáramos el resultado.

El origen de nuestro sinsabor es mas profundo; por cuanto se ha de buscar en el orgullo mortificado del hombre, que hasta aquí estaba acostumbrado á ver á su linaje dar nueva forma y figura á la tierra; se ha de buscar, en una palabra, en el sentimiento que naturalmente engendra la conciencia de la flaqueza é impotencia.

Ya se ve; ¡estamos tan acostumbrados á medir la fuerza del autor por la grandeza de la obra!

Lo físicamente grande embarga y embelesa nuestra naturaleza sensual; tememos ó respetamos lo que fuertemente impresiona nuestros sentidos. Trascordamos el papel que, en los efectos de las fuerzas, representa el tiempo, el tiempo, que alcanza á sumar hasta monstruosidades de lo mas pequeño.

Al oír el bramido del mar y el estruendo de un gran salto de agua, nos pasma la monstruosa fuerza del agua; y con todo no llega todavía al 1/800 de la fuerza que levantó aquella misma agua en forma de vapor hasta las nubes.

Cuando un terremoto conmueve el suelo debajo de nuestras plantas, huimos aterrorizados; y esto no obstante, todo un pueblo está ahora viviendo sin temor ni cuidado en las costas de Suecia, que hace siglos se están

levantando sobre el terso espejo del mar, de un modo imperceptible para el vulgo.

Miramos con asombro los agigantados cuerpos de la ballena y del elefante, los enormes troncos del baobab y del roble, y menospreciamos los pepueños pólipos y los invisibles infusorios; y esto que los primeros mueren sin dejar huellas, y los últimos dejan tras sí, como obras suyas, islas y montañas.

No hay que buscar, pues, en la espaciosa extensión la medida de lo verdaderamente grande, sino antes bien, en la fuerza que lentamente ó de un golpe sacó la obra á luz. Midamos enhorabuena las fuerzas de los cuerpos por el espacio y el tiempo; mas la fuerza del espíritu solo puede medirse por las creaciones del espíritu.

Si no tuviera el hombre otra tarea mas que la del pólipo ó del infusorio, justo fuera que se le subiese á la cara el rubor de la vergüenza, al hacerse cargo de la pequeñez de sus obras; pero si ha de buscar su grandeza en las obras de la ciencia y del amor, vea entonces cada cual si puede sentirse satisfecho sobre la piedra que trajo á esta gran fábrica.

(Traducido del alemán por A. B. de C.)

Un libro sobre la guerra.

Como un precioso trabajo y con la calificación de obra científica anuncian los periódicos la aparición de un libro que lleva por título el siguiente absurdo:

«El derecho de la guerra conforme á la moral.»

Al anunciar este libro nos lo recomiendan especialmente como muy útil para las clases ilustradas y para las clases ignorantes, pero yo tengo la desgracia de creer que será inútil para las unas y para las otras.

Su autor, según nos dicen, quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia y despertar en todos los corazones los sentimientos mas humanitarios.

Confesemos que el propósito es laudable, pero advirtamos de paso que se reirán de él á discreción todos los ejércitos victoriosos que paseen por el mundo la fuerza de sus armas.

Poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, no es ciertamente una empresa nueva, pero no es por eso menos digna de alabanza.

Querer despertar en todos los corazones los sentimientos mas humanitarios, no es tampoco un empeño ni mas moderno ni menos apreciable; pero intentar una y otra cosa á propósito de la guerra, esto es, en nombre de la guerra misma, me parece poco mas ó menos un sublime desatino.

El derecho de la guerra, esto es, el derecho del mas fuerte, porque es cosa de todo punto averiguada, que los débiles no tienen nunca derecho para hacer la guerra, ni siquiera para sufrirla.

El derecho de la guerra es la victoria, no puede ser otro, porque siendo la guerra una barbaridad, vendríamos á parar en que las barbaridades pueden tener derecho.

— ¿Han tenido razon alguna vez los vencidos?

La guerra es el castigo que Dios ha impuesto á la soberbia de la razon humana.

La razon moderna se presenta á las observaciones del filósofo bajo la aguda forma de un fusil de aguja.

Es el último argumento que ha inventado la ciencia del derecho.

Cuando se tienen trescientos mil hombres que triunfan, lo que menos importa es tener razon.

La mayor parte de las grandes cuestiones que traen agitado al mundo se plantean por sí solas y se resuelven por sí mismas.

El derecho de la guerra seria verdaderamente una cuestion digna de estudio si la guerra misma se resolviera práctica y definitivamente siempre que el caso se presenta.

— ¿Se hace la guerra cuando se quiere?

— No.

— ¿Se hace cuando se debe?

— Tampoco.

— Pues, ¿cuándo se hace la guerra?

— Cuando se puede.

Roma llevó sus legiones victoriosas á todas las partes del mundo conocido.

— ¿Cuándo?

— Cuando pudo.

La guerra es una barbaridad y por lo tanto carece de derecho, porque debe tenerse en cuenta que al que se defiende no se le puede decir con propiedad que hace la guerra, sino que la sufre.

Pero me dirán, el autor de este libro quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia.

Y yo replico que hace muy bien, y añado que acaso no podia hacer cosa mejor; pero hay un orden de inteligencias á cuyo alcance no llegan nunca las eternas verdades de la justicia.

Estas inteligencias inaccesibles son las de todos aquellos que tienen en su mano una espada como la de Alejandro, legiones romanas como las de César, ó ejércitos franceses como los de Napoleon I.

La guerra tiene por derecho la fuerza y por moral la victoria.

Pero ya se ve, el autor se propone al mismo tiempo despertar en todos los corazones sentimientos mas humanitarios.

¿Qué pretende? ¿que los hombres se destrocen con toda filantropía?

¿Pretende que las guerras sean moralmente imposibles?

Sin duda al acometer semejante empresa no ha tomado todos los datos necesarios que la civilización moderna arroja á nuestros ojos.

No ha visto que el nivel de la perfección humana ha subido á lo magnífico de todos esos admirables adelantos á que la industria civilizadora ha llevado el destructor refinamiento de todos los elementos de la guerra.

Ninguna civilización, ni ninguna barbarie ha habido en el mundo tan rica en medios de destrucción como la civilización moderna.

Ante el anuncio de este libro experimento un doble sentimiento.

Yo digo:

Este libro es necesario, y pienso al mismo tiempo que semejante necesidad es muy triste.

A la vez digo:

Este libro es inútil y esta reflexión me desconcierta mas todavía.

Es necesario y es inútil: hé aquí un absurdo lleno de tristeza.

José SELGAS.

Poesía.

LAS ILUSIONES.

¡Ay! son las ilusiones
Lo mismo que las auras.

SELGAS.

¿A dónde vas tan ligera
Nubecilla nacarada,
Cuando el sol apenas nace
Tras las enhiestas montañas?
¿Por qué si cruzas del viento
Las regiones azuladas
No te detienes un punto
Entre los brazos del aura?
Cruzando el espacio sigues,
Ya la vista no te alcanza...
¿A dónde vas, nubecilla,
Nubecilla nacarada?

Arroyuelo cristalino,
Que entre rosales y acacias
Te deslizas murmurando
Sobre los musgos que bañas
Las flores que en tí se miran
Forman graciosas guirnaldas
Por cautivar tu corriente
Serena, apacible y clara;
Pero en vano, que tú sigues
Siempre rápido tu marcha...
Arroyuelo cristalino,
¿A dónde llevas tus aguas?

Brisa que en el broche cándido
De la dulce flor derramas
Puras gotas de rocío
Cuando apenas nace el alba.
¿Por qué en la arboleda umbría
Incierta y trémula vagas,
Cuando en las hojas te pierdes
Y gimes entre las ramas?
Y cuando el sol en el zénit
Sus rayos de fuego lanza,
¿Dónde vas, brisa ligera,
Que en vano la flor te llama?

Brisa, arroyo y nubecilla,
Sois ilusiones del alma,
Que en la aurora de la vida
Pasais como nubes rápidas,
Hermosas como el arroyo,
Aéreas como las auras.
Flores que nacen risueñas
En el vergel de la infancia.
Que el primer amor coronan...
Y que el desengaño mata.
¿Dónde van las ilusiones,
Que no vuelven cuando pasan?

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.



LONDRES. — Recepción del sultán por el lord-corregidor, en Guildhall.



Revisia de la escuadra inglesa pasada en Spithead en honor del sultan.

Revista de Paris.

Ahora que las visitas de los soberanos han entrado en el período decreciente, los diarios más allegados á la corte publican con una complacencia disculpable en ocasión tan solemne una larga lista de los emperadores, reyes, príncipes y princesas que han estado en Paris desde principio de año. Hé aquí esta lista, digna de figurar en los anales de la crónica del año 1867.

El rey y la reina de los belgas.
 El emperador de Rusia.
 El rey y la reina de Prusia.
 El rey Luis de Baviera.
 El rey Luis II de Baviera.
 El rey de Wurtemberg.
 El rey y la reina de Portugal.
 El sultán.
 El rey de Grecia.
 El rey de Suecia.
 El conde y la condesa de Flandes.
 El gran duque heredero de Rusia.
 El gran duque Wladimiro.
 La gran duquesa María de Rusia.
 La princesa Eugenia de Leuchtenberg.
 El duque de Leuchtenberg.
 El duque de Sajonia-Weimar.
 El duque de Meklenburgo-Strelitz.
 El gran duque de Sajonia-Weimar.
 El príncipe y la princesa real de Prusia.
 El príncipe y la princesa real de Sajonia.
 El duque de Sajonia-Coburgo-Gotha.
 El duque y la duquesa de Sajonia.
 El príncipe Alberto de Prusia.
 El príncipe y la princesa Carlos de Prusia.
 El príncipe Humberto.
 El duque y la duquesa de Aosto.
 Los tres príncipes de Oldenburgo.
 El gran duque y la gran duquesa de Bade.
 El duque de Coimbra.
 El príncipe heredero de Turquía, su hermano y el hijo del sultán.
 El príncipe de Hohenzollern y su hijo el príncipe Leopoldo.
 El príncipe de Gales.
 El príncipe Alfredo, duque de Edimburgo.
 El príncipe Arturo.
 El príncipe Oscar de Suecia.
 El virey de Egipto.
 El gran duque de Mecklenburgo-Schwerin.
 El príncipe y la princesa Adalberg de Baviera.
 El príncipe de Orange.
 El duque Guillermo de Wurtemberg.
 El conde de Wurtemberg.
 El gran duque Constantino.
 El príncipe de Reuss.
 El hermano del taicoun del Japon.

En suma, la lista nos presenta los nombres de 58 soberanos, príncipes y princesas, de ellos 45 soberanos y príncipes, 3 reinas y 10 princesas.

En este número se hallan comprendidos: 10 reyes, 6 príncipes reinantes, 9 herederos presuntivos y un virey.

¿Se ha visto jamás en Paris semejante afluencia?

De todos los soberanos que figuran en la lista solo se encuentra en la actualidad en la capital de la Francia el rey de Portugal, que ha sido recibido con iguales ceremonias que los demás príncipes reinantes, y á quien se obsequia también con revistas y banquetes.

El sultán ha tenido una acogida extraordinaria en Londres, donde según afirman los diarios, jamás se habían visto tan grandiosas fiestas. En uno de los bailes más notables que se dieron en honor del soberano de la Turquía, que fué el del ministerio de la India, ocurrió una desgracia espantosa. La señora Musurus, esposa del embajador de Turquía, fué atacada de un accidente repentino. La prensa trae detalles tristísimos sobre este lance.

El embajador otomano ocupaba el puesto de honor entre el cuerpo diplomático, en razón á que Musurus-bajá era allí el decano. Toda la familia del embajador se encontraba en el baile y una de sus hijas era en aquel momento la pareja del príncipe de Gales.

El espectáculo era brillante y todos los semblantes parecían animados por la felicidad y la alegría. El sultán y demás personas reales, acompañadas de los personajes más distinguidos, se dirigían al ambigü, cuando al llegar al umbral de la puerta la señora Musurus se sintió atacada del mal y no pudo seguir adelante. Retiráronla á otra habitación y perdió en seguida el conocimiento. Llamóse inmediatamente á un facultativo perteneciente al estado mayor del ejército de Bombay, que se encontraba entre los convidados, quien manifestó desde luego que nada podía hacerse en razón á que el pulso estaba casi completamente paralizado y que el mal hacía rápidos progresos. La embajadora, con la aprobación de su esposo, fué trasladada á su morada, en tanto que algunos mensajeros salían apresuradamente en busca de médicos. La señora Musurus fué sacada del baile y muy pocas personas se apercibieron de ello, pues los que sabían su estado dominaron todo sentimiento de curiosidad en consideración á la familia. Lady Molesnorth acompañó á su casa á las hijas del embajador y permaneció

algún tiempo en su compañía. Todos los recursos de la ciencia fueron inútiles, pues se cree que la señora Musurus espiró en el camino.

La reina Victoria envió directamente un parte telegráfico á la embajada, y despues mandó á un caballero para informarse del estado de Musurus-bajá y darle el pésame por su desgracia. El príncipe de Gales y demás individuos de la familia real hicieron lo mismo por su parte. El sultán envió á su chambelan Djemil-bajá á desempeñar la misma misión, y todo el cuerpo diplomático y gran número de personas de la aristocracia se apresuraron á dar en esta ocasión al afligido embajador muestras inequívocas de su simpatía.

Ana Musurus nació en 1819, siendo una de las hijas del conocido príncipe Vogorides. En 1839 casó con Musurus-bajá, perteneciente á una de las principales familias de Constantinopla. El príncipe Nicolás Vogorides, hermano de la señora Musurus, fué caimacan de Moldavia antes que el príncipe Couza. Aquella sentida señora deja dos hijos y cuatro hijas. El doctor Lankester recibió el sábado el parte de la muerte de la señora Musurus, acompañado de una certificación del doctor Forbes, médico de la casa, manifestando que atribuía aquel triste accidente á una enfermedad del corazón acelerada por el cansancio. En vista de esto se omitió toda diligencia ulterior.

Volviendo á Paris y continuando el capítulo de las fiestas que parece este año inagotable, diremos que las que se disponen para el 15 de agosto prometen ser lucidísimas.

Se habla de nuevas iluminaciones, de fuegos artificiales nunca vistos; se dice que será gratuita la entrada en la Exposición universal y que habrá espectáculos públicos inusitados. Esperemos el programa. Entre tanto lo que podemos anunciar ya es que el nuevo teatro de la Opera estará limpio de andamios para el 15 de agosto, de cuyo modo podremos admirar en todo su esplendor este magnífico edificio. Muchos de los bustos de autores dramáticos y compositores célebres que forman parte de la decoración exterior se hallan instalados en sus puestos correspondientes, y ya se leen los siguientes nombres en placas de mármol con letras de oro: Monteverde, Durante, Zamelli, Monsigny, Grétry, Sacchini, Lesueur, Berton, Boieldieu, Hérold, Donizetti, Verdi, Paesello, Piccini, Philidor, Rousseau, Campra, Cambert, Adam, Bellini, Weber, Nicolo, Méhul, Cherubini, etc.

Omitimos muchos, pues el nuevo teatro es un gran panteón de celebridades artísticas.

No hace mucho tiempo hablamos del museo histórico formado en el antiguo palacio de San German, y hoy tenemos que anunciar que muy luego se abrirá al público la galería de las armaduras del palacio de Pierrefonds, reconstruido sobre los restos de la fortaleza elevada en 1390 por el duque de Orleans.

Esta nueva galería histórica coleccionada por orden del emperador, ocupa la extensión de la cortina que une por la parte de poniente las torres del palacio: situada en el piso principal, se penetra en ella por una escalerilla de caracol practicada en una de las torres.

En la antesala de la galería se observa una chimenea de dimensiones colosales, y luego viene la gran galería de las armaduras, que tiene 53 metros de larga sobre 11 de ancha.

Sobre la puerta se ven las figuras de Carlomagno y de varios caballeros; y más arriba hay dos ángeles que sostienen el blason imperial.

A derecha é izquierda la galería está revestida de artesonados esculpidos con escarapates salientes, sobre cuyos zócalos, que son veinte y nueve, se ven las corazas más notables.

Entre las corazas hay trofeos de armas.

Al extremo de la galería se levanta una chimenea que ocupa toda la superficie en ancho y en largo de la galería, y figura una fortaleza. Sus proporciones son extraordinarias.

Las corazas y armaduras se remontan al siglo XV. Supérfluo parece añadir que se encuentran allí todas las clases de armaduras.

Entre las más curiosas de estas armaduras, debemos citar la que perteneció á Christoph Furer, un héroe de la Palestina. A la izquierda del mismo zócalo hay un modelito de madera del sepulcro de Jesucristo, ejecutado por Christoph Furer.

La parte derecha de la galería está ocupada por las armaduras de niños y las armas: carabinas, lanzas, pistolas, mazas, puñales, espadas, etc.

Allí está la cuchilla que usaba el verdugo en 1699. Sobre la parte de la hoja próxima al puño se lee por un lado: *Justitia manet in aeternum*, y por el otro: *Fiat justitia, pereat mundus!*

En la vaina hay un puñal, como un cuchillito de postres, con el cual el verdugo daba el golpe de gracia al paciente, y también un instrumento de acero con la forma de un molde, sobre el que afilaba la cuchilla de la justicia.

Los objetos más notables se han expuesto en el centro de la galería, y entre ellos merecen particular mención los siguientes:

Primeramente, la silla y todos los arreos con la coraza del caballo de Luis XIII, y una armadura que perteneció á este soberano en su juventud.

Hay un escarapate que contiene las piezas más raras y preciosas, á saber:

Una coraza del siglo XVI, que ha costado 15,550 francos;

Una espada de Carlos XII, rey de Suecia, en cuya hoja se lee: *Deo soli gloria;*

Una espada que el papa Clemente VIII regaló en 1595 á Enrique IV, cuando este monarca abjuró la religion protestante;

Dos magníficas pistolas con mango de marfil esculpido del siglo XVII, dadas por la emperatriz;

Dagas, cartucheras, espuelas de oro ricamente cinceladas, cascos, etc.;

La testera del caballo de Carlos Quinto, el mismo que montaba el emperador el día de su doble coronación en Bolognia en 1530 (24 de febrero), aniversario de la batalla de Pavía;

Dos cascos de los guardias de los dux de Venecia, con fondo de terciopelo azul y cimera del leon de San Marcos, de bronce dorado.

Puñales de un modelo particular, llamados *misericordia*, ó *lingua de buey*;

Un casco de plata cincelado en Italia, dado por la emperatriz, etc.

A propósito de obras públicas, tenemos que señalar hoy como cosa oficial, la creación de un gran cementerio parisiense en la orilla izquierda del Oise, á la extremidad occidental del precioso valle de Montmorency, uno de los lugares más pintorescos de las cercanías de Paris. El nuevo campo santo ocupará toda una llanura de 850 hectáreas, situada entre los pueblecillos de Mery, Frepillon, Bessancourt, Pierrelay y Saint-Ouen-l'Aumône, especie de arrabal que precede al Oriente á la ciudad de Pontoise á 22 kilómetros de Paris.

El medio de transporte será un ferro-carril especial que partirá del cementerio del Norte, y el trayecto no durará más de treinta y cinco minutos. Tanto en este cementerio del Norte, como en los del Este y el Sur, se erigrán tres grandes capillas que servirán de depósito provisional para los féretros, y todas ellas se hallarán en comunicación con el camino de hierro. Los féretros se reunirán en la estación de partida construida en el cementerio del Norte, y diariamente serán llevados al nuevo campo santo. Finalmente, el cementerio y ferro-carril con sus accesorios costarán á la villa de Paris la cantidad de quince millones de francos. Créese que el nuevo campo santo podrá bastar para las necesidades de la población parisiense durante muchos siglos.

Todo esto no se hará sin protestas. Los habitantes del valle de Montmorency se niegan á recibir los muertos de Paris, y los parisienses se quejan por su parte de tener las sepulturas de sus deudos y amigos en un lugar apartado cuya visita exigirá siempre un viaje en ferro-carril; pero ni las protestas ni las quejas harán fracasar el proyecto.

Pasando ahora á otro asunto, consignaremos aquí, como una novedad de la semana, la promulgación de la ley que declara abolida la prisión por deudas. Veinte y cuatro horas despues, el alcaide del establecimiento de Clichy anunció á sus huéspedes que iba á ponerles en libertad en cuanto dieran las doce de la noche. Difícil sería describir los transportes de júbilo con que fué recibida tan fausta nueva: los presos, lanzando exclamaciones de alborozo, levantaron en sus brazos al alcaide y le pasaron en triunfo. Cuando se calmó esta manifestación, todos se ocuparon en los preparativos de la partida, y al llegar la hora prefijada, los detenidos se apresuraron á disfrutar del aire fresco de las calles.

Ya hemos dado cuenta á nuestros lectores del resultado del concurso de músicas militares que tuvo lugar en el palacio de la Industria, y hoy tenemos que añadir que las diferentes bandas europeas han pasado la semana dando conciertos parciales en la Opera, en el mismo palacio de la Industria, en el Circo de la Emperatriz y en el jardin de Tullerías. La banda austriaca, que es la del regimiento del duque de Wurtemberg, número 73, á cuyo frente se halla el entendido maestro M. Zimmermann, ha hecho furor en todas partes donde se ha presentado. En esta ocasión el público ha confirmado plenamente el fallo del jurado.

La música de la guardia de Paris, que compartió con ella y con la banda prusiana, no menos dignas ambas de grandes elogios, reunió el lunes último, en un espléndido almuerzo servido en los *Hermanos provenzales*, en el Palacio Real, á los oficiales, á los músicos mayores y á una comisión de diez individuos de cada banda de música extranjera.

El jurado del concurso y la prensa especial habían sido convidados á esta fiesta, dispuesta con tanto tacto como suntuosidad, y cuyos honores hicieron con afectuosa cordialidad M. Paulus, músico mayor de la Guardia, y el profesor M. Maury. Los brindis fueron numerosos y entusiastas, y se brindó en ruso, en español, en alemán, en prusiano, en bávaro, en prosa y en verso, entendiéndose muy bien á todos á pesar de esta diversidad de lenguas.

Cada profesor de la música de la guardia estaba sentado entre dos extranjeros, á quienes debía obsequiar, y lo hicieron con tanta solicitud como galantería. La fiesta se prolongó hasta las siete de la tarde, y antes de separarse, M. Emilio Jonas anunció que para acceder á las apremiantes instancias del público, se daría el domingo inmediato otro festival en el palacio de la Industria.

La banda de ingenieros venida de España, despues de haber tocado también en diferentes partes con aplauso, prepara actualmente su regreso.

Con la abundancia de extranjeros que hay hoy en Paris, los teatros no necesitan hacer grandes esfuerzos para lograr todas las noches buenas entradas. La Grande Opera se contenta con la *Africana*, *Don Carlos* y *Don Juan*, y si acaso se hace *Guillermo Tell*, podremos dar por completo el repertorio de esta temporada de verano.

Hasta el 22 de junio de 1867, la *Africana* ha sido representada 150 veces, y estas representaciones han producido

una suma total de 1.511,684 francos, lo que da por término medio 10,076 francos por noche.

En las representaciones que han tenido lugar últimamente, los papeles principales han estado á cargo de las señoras Battu y Levielli, y de los señores Villaret, Devoyod, Gaspard y Belval.

En *Don Carlos* no se ha variado el personal de artistas: continúan pues, como el día de la creación, las señoras Sasse y Gueymard, y los señores Obin, Faure, Morère y David, que es un cantante y un actor consumado.

En el teatro Italiano tenemos ahora una compañía inglesa en la que figura un M. Sothern, que parece ser un gran actor, y que es, sin duda alguna, uno de los hombres que tienen mas fe en el poder del anuncio. Con efecto, desde su llegada, Paris está inundado de retratos suyos. No hay café ni taberna que no tenga en la muestra un M. Sothern, haciendo un gesto particular del personaje que representa en la comedia. ¿Qué decimos taberna ni café? Los retratos de M. Sothern se aparecen igualmente, como anuncios ambulantes, en grandes carteles y pegados á los coches de alquiler; hasta es de temer que nos los apliquen á la espalda, si no estamos alerta.

Incompetentes para juzgar el mérito de un actor eminentemente inglés, lo único que podemos hacer, es consignar aquí que sus compatriotas le aplauden con frenesí en ese papel de lord Dundreary, que figura su retrato, sin que por eso nos atrevamos á afirmar que sus funciones alcancen gran éxito en Paris, pues un público especial no es bastante para sostener toda una compañía en un teatro principal como el Italiano.

MARIANO URRABIETA.

Los sueños.

POR FR. FRIEDRICH.

« Cual flores del cielo van revoloteando á menudo los sueños por la noche; y cuando amanece, apenas nos queda un tenue vapor que nos indique su paso. »

Así habla de los sueños Juan Pablo Richter. Mas no siempre nos ciñe las sienes de flores del cielo este hijo del sueño; puesto que con mayor frecuencia todavía se nos presenta como trago ó duende embrollon, solapado y malicioso, que nos matraquea con su cambiante y mentirosa vestidura. Unas veces nos brinda con placeres y agualdos; pero cuando alargamos las manos tras ellos, se aleja con una carcajada y desaparece; otras veces se nos acerca todo grave y enlutado, y nos llena el desvalido corazón de angustia y dolor; y por mas que al despertar nos digamos: no fué mas que un sueño; quedamos con todo un rastro de angustia y dolor que dura algunas horas, y á veces días enteros.

Los sueños no los tenemos en nuestro poder. Verdad es que sabemos que solemos soñar cuando dormimos; pero no está en nuestra mano presentir qué imágenes nos presentará el dios del sueño. Bien así como muchas veces, en medio de la vida mas placentera, se nos llena el corazón de zozobra y desconsuelo, asimismo nos saca á veces también de una vida triste y angustiosa para llevarnos á una region alegre y risueña, donde damos al olvido todos nuestros cuidados y sinsabores. Pero por lo mismo que los sueños no dependen de nuestra voluntad, ni están en nuestro poder, se nos aparecen naturalmente como efectos de una influencia superior, como misteriosa revelacion de un poder que nos está muy encima. Así consideraban los sueños todos los pueblos de la antigüedad, y les atribuían un significado mucho mas importante del que realmente tienen. Los oniromantes ó intérpretes de sueños ejercieron en la cultura de los pueblos, y en ciertos sucesos de la historia, una influencia tanto mas grande y perniciosa, en general, cuanto mayor era y mas ilimitado el campo que podían recorrer en su explanacion. A la psicología moderna debemos la escasa luz que se ha vertido ahora sobre la misteriosa oscuridad que, por espacio de siglos y de miles de años, ha envuelto á los sueños; bien que estamos todavía muy distantes de reconocer todo fenómeno de la vida de los sueños en su nacimiento, en su causa y en su influjo individual.

Si admitimos en el organismo del cuerpo humano dos causas diversas de actividad: la de que tenemos conciencia, y la de que no tenemos conciencia, no cabe duda en que el soñar, lo propio que el dormir, pertenece á la última causa. Para la cabal ejecucion de la actividad de que tenemos conciencia, se requiere el auxilio de todo el cerebro no perturbado; por donde solo puede ocurrir en estado de vela; al paso que las actividades de que no tenemos conciencia, como que principalmente dependen de la médula espinal, del gran simpático ó sistema ganglionar, echan á volar sobre todo durante el sueño. Si pues, por efecto del sueño, vienen á caer en la inactividad las funciones del cerebro de que tenemos conciencia, de la médula espinal y de los nervios que de ella dependen, y por consiguiente, las funciones de los sentidos, los movimientos voluntarios, la facultad de pensar, etc., para recobrar, por medio de esta inactividad, mayor tension y nueva actividad, siguen en actividad no interrumpida, y mas diremos, en actividad mas ordenada y mas fuerte, los nervios del gran simpático ó ganglionares, que sirven de mediadores á los actos vitales referentes á la dura-

cion orgánica del cuerpo, tales como el latir del corazón, el respirar, los movimientos del estómago y de los intestinos.

Es evidente que siguen activas, hasta en el sueño mas profundo, las facultades del alma enlazadas con aquellas partes de los nervios, tales como la concupiscencia, la memoria, la imaginacion, etc. Las actividades de estas facultades del alma producidas por los nervios ganglionares forman el sueño ó los sueños; y aquí se funda todo el origen misterioso de los mismos. Este nacimiento de los sueños lo abonan todas sus propiedades: así en su nacimiento como en su forma, son independientes de la voluntad inmediata del hombre, y se revelan, en la exposicion de las impresiones recibidas, de un modo que les es enteramente peculiar, y muy distinto del proceder de la psique en vela. Todo su imperio se reduce á imágenes y alegorías.

Conocido el nacimiento de los sueños, parece que no es imposible influir en el carácter general de los mismos; pero su forma especial seguirá siendo siempre independiente de nuestra voluntad, mientras no conozcamos perfectamente en todos sus pormenores la exacta conexión de los nervios y de sus funciones relativas al espíritu, esto es, la conexión entre el espíritu y la materia. Mediante una opresión en el pecho, ó colocando simplemente los brazos encima de la cabeza, podemos evocar con bastante certeza sueños angustiosos y pesados; pero no está en nuestro poder determinar en qué forma se nos presentarán ó molestarán; por cuanto se agregan á esto varias condiciones que nos son todavía desconocidas, y además las imágenes y visiones son diversas también según el carácter del individuo.

¿No estamos viendo todos los días que un solo y mismo objeto hace, en estado de vela, distinta impresion en individuos diferentes? La misma música ofende el oído de uno, al paso que deleita á otro, y entristece al de mas allá. Así, por ejemplo, varios hombres que duermen en un cuarto que tenga el aire viciado y corrompido, verán todos en sueños visiones distintas, al paso que todas ellas producirán en los que estén durmiendo una impresion pesada y angustiosa.

Todo individuo lleva consigo, así al sueño como á los sueños, su grado especial de cultura y modo de ver, sus disposiciones particulares, su temperamento, y ante todo y naturalmente su constitucion.

Así es como cada edad tiene sus propios sueños, así como tiene sus propias ideas, su experiencia, sus deseos y esperanzas. El joven no sueña como el niño, el adulto no sueña como el anciano. Y si bien ve el anciano en sueños los juegos y los lugares de su infancia, no hay para qué extrañarlo, por cuanto también en vela se complacen los pensamientos del anciano en los pensiles de su juventud. Acabóse el obrar y el agitarse de su vida, y la esperanza no le muestra mas que un corto trecho que remata en el cercano sepulcro. En tal estado, le lleva la memoria otra vez al tiempo en que era tan feliz, á los días de su niñez. Ya dijo Grabbe: « La memoria no es mas que ceniza del castillo devorado por las llamas; » pero los escombros del hermoso castillo de nuestra juventud están romántica y poéticamente vestidos de yedra y de fresca yerba.

Dependiendo los sueños de la actividad de los nervios ganglionares, es obvio que toda influencia que obre en los nervios ha de obrar al propio tiempo en los sueños y en las visiones. Así lo demuestra la propia experiencia en miles y miles de casos. Cuando la actividad de los nervios ganglionares se ve estorbada por algun impedimento, suelen ser los sueños pesados y molestos. Si la circulacion de la sangre está retardada por alguna causa, quizás por una opresión en una de las venas principales; si la respiracion se vuelve dificultosa, por ser el aire corrompido y escaso de oxígeno; si los movimientos del estómago y de los intestinos están paralizados por manjares de difícil digestion, deberán expresarse todos estos desórdenes por medio de sueños pesados y congojosos. El que tenga la mala costumbre de colocar, cuando está durmiendo, los brazos encima de la cabeza, tendrá regularmente, en esta posicion, sueños pesados, por cuanto, con tal posicion, se aprieta el pecho y se desordena la circulacion de la sangre. Y tan pronto como otra persona coloque los brazos del dormido en su posicion natural, con lo cual recobra la sangre su libre curso, cesarán las pesadillas. El descansar con un brazo sobre el pecho ó el estómago puede ocasionar asimismo pesadillas y congojas.

El comer demasiado poco antes de acostarse, ó la cena muy cargada, producen, por consecuencia natural, según sabe cada cual por propia experiencia, un sueño inquieto, desordenado, y sueños pesados. Cuando la actividad de los nervios ganglionares está desordenada por enfermedades particulares, toman también los sueños aquel estado mórbido; y las fantasmas, las visiones y el delirio de muchas enfermedades, lo propio que el sonambulismo, no son mas que sueños mórbidos, una actividad exaltada del sistema ganglionar.

Pero cuando todas las funciones de nuestro organismo siguen, durante el sueño, su curso regular y sin impedimento; cuando la circulacion de la sangre está expedita, y libre la respiracion; cuando las funciones de la nutrición no están desordenadas, entonces son los sueños ligeros, sillideos, y solo nos presentan imágenes halagüeñas, divertidas y cambiantes. De ahí es que con mucha razon podemos inferir que, cuanto mas extravagantes, alegres y cambiantes sean los sueños, tanto mas saludable es el sueño, tanto mas ordenadas están todas las funciones de nuestro organismo, y tanto mas restaurados y fortalecidos nos hallamos despues del sueño.

Los sueños pesados y angustiosos, y hasta los tranqui-

los y juiciosos, que nos trasladan completamente á la vida real, y nos hacen ejecutar á veces arduos trabajos intelectuales, dejan constantemente, á la despertada, cansancio y postracion, la cabeza pesada y las facultades intelectuales adormecidas. Ha habido hombres que componian en sueños mejores versos y trabajos intelectuales mas profundos que estando en vela; pero despues de tales trabajos, realmente soñados, estaban rendidos, así de cuerpo como de espíritu. Y esto es muy natural; pues por un lado no reciben con esto las facultades del espíritu, esforzadas por la vela, descanso ni reparacion; y por otro lado, son los esfuerzos intelectuales en el sueño un estado mórbido, que procede del desórden ó sobreexcitacion de algunos nervios ganglionares.

Cuando es evocada la disposicion general á los sueños, principalmente por los nervios ganglionares, por el estado del cuerpo, es posible que las influencias externas den á nuestros sueños una forma particular y permanente en cuanto á su efecto. El ruido de un coche que pase corriendo por la calle, y que oímos durmiendo, sin tener conciencia de él, puede ser una causa suficiente para que el sueño hiltane del mismo una historia particular. Nos figuramos quizás estar sentados en el coche, sentimos su agradable balance, mientras va rodando sobre la fresca yerba; nos da el sol con sus tibios rayos; todo está dispuesto para hacernos aquel paseo tan ameno como cabe, y nos gozamos sin tasa. Así soñamos cuando estamos sanos de cuerpo, cuando la sangre corre ligera y sin estorbo por las venas. Pero el mismo rodar del coche por la calle puede evocar, cuando estamos indispuestos, ó cuando la circulacion de la sangre está desordenada por alguna causa, por una mala posicion, etc., otro sueño muy diverso. También nos figuramos estar sentados en el coche: los caballos siguen andando, pero luego se desbocan; tratamos de detenerlos, pero se nos rompen las riendas en las manos, y sigue el coche su veloz carrera. Vamos á volcar por instantes; con mortal congoja queremos probar de salvarnos dando un salto; pero los miembros nos niegan este servicio. Siempre mas desbocados, siguen los caballos su carrera; crece nuestra angustia, cuando allá se abre un abismo, y nos precipitamos en una sima sin fondo. Entonces despertamos. Todavía está la imagen espantosa demasiado patente ante nuestra alma para que podamos conocer desde luego que no fué aquello mas que un sueño. Finalmente se nos presenta la realidad; pero la excitacion íntima nos desaparece tan pronto; sentimos el frio del sudor de la angustia, y late el pulso acelerado y febril.

La inocente picada de una aguja ó de un insecto, que sentimos sin tener conciencia de lo mismo, puede dar márgen á que soñemos con asesinos y salteadores, y á que creamos sentir realmente la puñalada que nos clavan en el pecho. Así es como otros mil pequeños accidentes momentáneos que se enlazan con el estado del cuerpo del que está durmiendo, pueden influir determinadamente en el nacimiento y la forma de los sueños. Hasta podemos evocar en el dormido, por medio del contacto, de la opresión, y aun por medio del cuchicheo, determinados sueños. El frenólogo Scheve pretende haber provocado sueños tocando simplemente las partes correspondientes del cráneo. Pero mientras siga careciendo la frenología de base científica, se nos permitirá que pongamos en duda el resultado de aquellos ensayos.

Los sueños son una prueba evidente de que no cesa la vida del alma mientras estamos durmiendo. Podría aquí preguntarse si sueña siempre el hombre. A esta pregunta podemos contestar afirmativamente. El que al despertar nos acordemos ó no de los sueños, esto es indiferente. Estamos soñando toda la noche con rarísimas excepciones, excepciones que no ocurren nunca en muchos hombres. Pero cuando está el cuerpo muy rendido de fatiga, sucede entonces á veces que no soñamos; y esto lo sabemos por el hecho de no recordar nosotros mismos al despertar, despues de un larguísimo sueño, el tiempo que hemos estado durmiendo; y nos imaginamos haber dormido un breve rato. La medida del tiempo nos la dan las representaciones y las ideas de nuestro espíritu; y en cuanto faltan aquellas representaciones, viene á faltarnos también naturalmente toda conciencia del tiempo. Este dormir sin soñar es profundo y restaurador.

Que sueñan los niños, no cabe ninguna duda; y hasta la actividad de su espíritu en vela es poco mas ó menos una vida de sueños. No es menos cierto que los animales sueñan; y ya hace tiempo que la ciencia ha dejado de negarles toda actividad de inteligencia.

El francés Maury cuenta un caso muy singular, y es el siguiente: « Estaba yo algo indisuesto y en cama, dice, y mi madre estaba sentada sobre mi almohada. Empiezo á soñar con el tiempo del terror, presencio escenas de sangre, comparezco ante el tribunal revolucionario, veo á Robespierre, á Marat, á Fouquier-Tinville, hablo con ellos, soy condenado á muerte despues de una multitud de sucesos que no recuerdo bien; soy conducido en un carro, en medio de un gentío inmenso, á la plaza de la Revolución, subo al cadalso, me ata el verdugo á la tabla, la vuelca, la cuchilla cae, y siento separármese la cabeza del tronco. Despierto en aquel punto con una congoja indecible, y encuentro que la varilla de la cortina de la cama me ha caído en la nuca; lo que habia sucedido, según me aseguró mi madre, en el momento en que desperté. » Aunque no se deja conocer con certeza por este caso, si la caída de la varilla de la cortina en el mismo instante en que en sueños cayó la cuchilla fué un accidente, ó si el sueño, en

el presentimiento de que iba á caer la varilla, se habia ido desenvolviendo de aquel modo, podrian citarse otros muchos ejemplos análogos que demuestran que los efectos de los objetos externos en los sueños son tan sutiles, que están fuera de nuestro alcance. Tambien en estado sonámbulo, el cual no viene á ser otra cosa mas que una vida de sueños mórbidamente exaltada, les es dado á algunas personas echar una mirada al porvenir, y preverlo por causas que nos son desconocidas. Casi parece por demás admitir que tambien en tales sueños videntes, al igual que en el estado sonámbulo, se verifica una conexión natural con el objeto vaticinado; pero como no podemos conocer ni la influencia ni la conexión, de ahí el que tantas gentes se inclinan á ver en este fenómeno un efecto sobrenatural de un poder mas alto.

Los sueños son una cosa naturalísima, son los fenó-

menos naturales de la vida sana; á lo sumo pudiéramos llamarlos poesías de la vida. «Son los sueños, dice Novalis, un arma defensiva contra los hábitos y la monotonía de la vida, un solaz de la fantasía maniatada, en que arroja, allá revueltas unas con otras, todas las imágenes de la vida, interrumpiendo la constante seriedad del hombre con alegres juegos de niños. Sin los sueños, envejeceríamos mas pronto; y por lo mismo podemos considerarlos, si no como procedentes inmediatamente de lo alto, como un don divino al menos, como un amable acompañante de nuestra peregrinación al sepulcro.» Bien así como fortalece el dormir los miembros cansados, allanan asimismo los sueños todas las desigualdades del espíritu. Cuando las funciones de que tenemos conciencia se han mantenido tirantes todo el día, y por consiguiente, están cansadas, necesitan forzosamente descanso para reponerse; y ellas se fortale-

cen cabalmente por el hecho de mantenerse activas las funciones del espíritu que les son contrapuestas, esto es, aquellas de que no tenemos conciencia. Tambien estando en vela, reponemos nuestro espíritu del mismo modo; pues en estando rendidos por el pensar penetrante y seguido, si bien no podemos ponerle en completa inactividad, por cuanto los nervios del cerebro están en actividad constante, por no cesar nunca el cambio de materia, podemos dar no obstante libre carrera á nuestros pensamientos, esto es, nos abstenemos, en cuanto cabe, de todo juicio y de toda conclusion, dejamos que los nervios ganglionares ejerzan su influencia; permitimos que se nos presenten á su antojo las imágenes delante del espíritu; y no intervenimos ni en su formacion ni en su figura. Casi venimos á soñar en vela.

Parécense mucho á este estado de ensueños, durante

No tratamos de negar que ocurren sueños admirables y que el sonambulismo nos causas á veces un asombro inexplicable. Casos hay en que los sueños nos revelan el porvenir; pero esto solo es posible en cierta referencia y bajo relaciones muy fijas y determinadas. Seria una locura querer rechazar la fuerza prevenida de los sueños sobre el espacio y el tiempo, así como el quererla separar de todas las causas naturales. Pero no es menos locura admitir en tales casos la fuerza prevenida de los sueños, cuando no hay relacion ni enlace entre el soñador y objeto previsto.

Las impresiones evocadas y formadas por los sueños son á menudo de especie mas fina y delicada que las que recibimos estando en vela. Lo que, estando en vela, deja de afectarnos, prueba muchas veces, estando dormidos, determinados sueños. Cuando preveamos algo en sueños, es porque hemos sentido la impresion de la

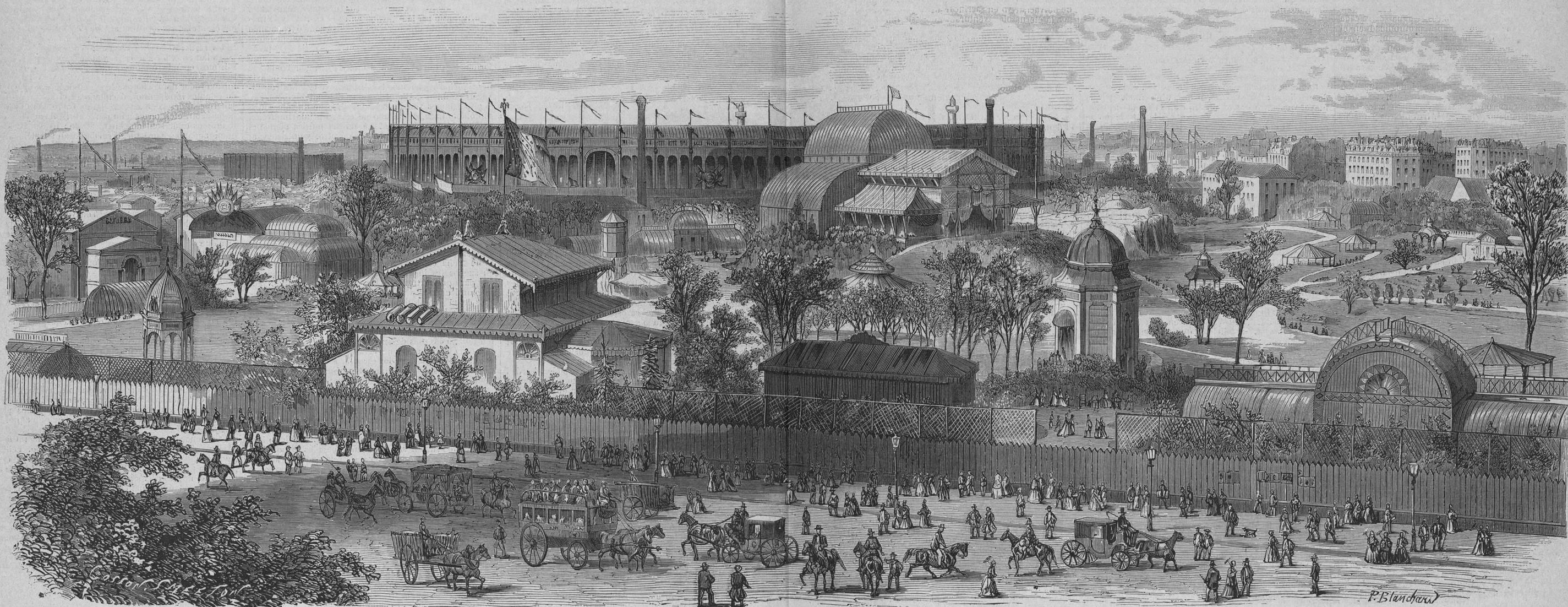
causa, de la que se hilvanó el sueño; y de aquella causa dedujo el sueño el efecto que nos mostró en la imagen, como lo hacemos tambien en estado de vela. Así, pues, no tiene nada de extraño que presentamos en sueños veros acometidos de una enfermedad; pues la causa de este presentimiento, que estaba ya en nosotros, fué la que evocó la aparición de la enfermedad. Pero el dar valor á sueños del número que ha de ganar el premio mayor de la lotería es una ridiculez.

Con verdad dice el antiguo refran: «Los sueños son espuma.» Quien edifica estos sueños, y ata á ellos su esperanza, levanta seguramente un castillo en el aire, castillo que se viene abajo al menor soplo de una despertada racional. Amables y hermosos son los sueños, como compañeros del sueño, como manantial refrescante en que se corrobora el espíritu; pero los sueños son propios del dormir y de la noche; al paso que el

día está destinado para la vida de conciencia. «La vida no es sueño,» dice Ernesto de Feuchtersleben, al revés de nuestro Calderon; «si se convierte en sueño, es por culpa del hombre, cuya alma desoye la llamada que le despierta.» A. B.

El Jardin reservado.

Sabido es que este jardin se halla consagrado á la exposicion internacional de horticultura. La idea de semejante exposicion no puede ser mas feliz, y sobre todo es muy nueva. De los veinte millones consagrados á la Exposicion universal, seis de ellos suministrados por



EXPOSICION UNIVERSAL. — El Jardin reservado: vista general tomada desde la Escuela Militar.

la vela, las imágenes que se nos presentan cuando dormitamos ó estamos medio dormidos; y no son otra cosa mas que imágenes de ensueños, que algunos tienen la felicidad de evocar á su gusto, cuando están medio dormidos. Quien mas, quien menos, todos conocemos estas imágenes. Al principio nos remedan la realidad; pero pronto surge acá y acullá una figura rara y extravagante. Estas figuras van redoblando, y la escena se vuelve mas y mas inconexa, mas y mas fantástica. Muchas veces tenemos todavía conciencia de que es una cosa rara la que se nos pone delante; pero luego despertamos, y desaparecen de repente aquellas extrañas figuras como lejanos grupos nebulosos. Pero con mas frecuencia pasamos de este estado de dormir al sueño completo: en este caso, las imágenes se vuelven mas abigarradas y fantásticas; y ya caminamos realmente en la region de las hadas. Las mismas imágenes se nos presentan tam-

bien á menudo por la mañana despues de despertar, antes que la realidad, amarga á veces, se nos ponga á la fuerza delante, viniendo á ser el crepúsculo del día del espíritu.

Los mas de los sueños se fundan en el sentido de la vista y en el del oído, por ser estos dos sentidos los mas expuestos á influencias externas. Pero tambien obran á veces los otros sentidos en el sueño, especialmente el del tacto. Cabe que sea el sueño tan vivo, que hasta queden afectados los nervios motores, y se pongan en actividad. El cantar y el hablar en sueños es ocurrencia muy común; y hasta contestan muchos á las preguntas que en este caso se les dirigen. Bastante conocido es el obrar en sueños de los sonámbulos, y este fenómeno es una consecuencia mórbida de la irritación extremada de los nervios ganglionares.

No negaremos que los sueños, con su independen-

cia de la voluntad del hombre, y mas aun por sus figuras fantásticas y sus relaciones con la vida y la realidad, afectan un carácter recóndito y misterioso. Pero tengáse presente que solo es misterioso, porque no podemos reconocer en todos los casos las causas de su nacimiento y formacion. Solo fanáticos é impostores se han utilizado en todos tiempos del sueño para promover los intereses, ya propios, ya ajenos. Los intérpretes de sueños de tiempos antiguos sabian aplicar á este fenómeno un significado misterioso, y á su explicacion un significado mas misterioso todavía.

Cuando los tales intérpretes eran astutos, sacaban sus exposiciones de los pensamientos, de la vida y de los deseos del individuo que habia soñado; pero los fanáticos torpes daban una explicacion tan fantástica y desatinada como los mismos sueños. El que les daba crédito quedaba engañado; y lo propio sucede en el día.

el Estado, seis por la villa de Paris y ocho adelantados por una sociedad que tendrá para reembolsarse el producto de las entradas, se puso á disposicion de la comision para la exposicion de horticultura la suma de un millon, de cuya cantidad 150,000 francos eran aplicables á los gastos generales. Con recursos tan escasos relativamente, es de extrañar el gran resultado que se ha obtenido. M. Barillet, jardinero en jefe de la villa de Paris, es quien ha ejecutado el jardin reservado, bajo la alta direccion del ingeniero en jefe del servicio de plantios, M. Alphand. Nada mas digno de elogio que la acertada disposicion de este jardin, que con sus kioscos, sus invernáculos, su rio, sus cascadas, sus lagos, sus masas decorativas y sus perspectivas, es verdaderamente un lugar encantado.

En este jardin abierto á la Flora universal, se ven todas las plantas en exposiciones sucesivas repetidas de

quincena en quincena, con todo el brillo de su lujo floral. Los invernáculos son tan numerosos como variados: los hay franceses y holandeses, los hay calientes y templados. El mas notable de todos, que llaman indiferentemente la *grande serre*, el palacio de cristal ó el jardin de invierno, se halla situado en el centro del jardin sobre una imponente masa de penascos á cuyo pié se extiende el lago donde están las famosas carpas de Fontainebleau y la isla flotante chinesca. Un terrado precede el invernáculo, cuya redonda techumbre mide 3,200 metros. Sobre este terrado han elevado un pórtico de columnas decorado con mástiles venecianos. En el centro hay una fuente compuesta de un grupo del que forman parte cuatro estatuillas sentadas, á saber: la Poesía, la Escultura, la Pintura y la Música. Grandes vegetales como palmeras y plátanos adornan el interior de este palacio de cristal, en cuyo centro se alza la mag-

nífica palmera procedente de Hyères, y que ha sido regalada á la villa de Paris.

El aquarium de agua dulce, que se halla completamente lleno de peces, ha sido construido por M. Betancourt, mediante una subvencion de 40,000 francos acordada para esta obra por el ministerio de Agricultura, Comercio y Obras públicas. Como las cascadas y el rio, está alimentado por el *servicio bajo* de las aguas que abastecen el Campo de Marte. Este servicio se halla confiado á las calderas y bombas de la poderosa máquina de Indret, que está en la orilla del puente de Iena, bajo el mismo cobertizo que la máquina de la compañía de fraguas y astilleros del Océano.

Compónese el aquarium de agua dulce de veinte compartimientos con cristales que encierran muchos peces, entre los cuales el siluro, notable por su tamaño (mas de un metro de largo con cuarenta kilogramos de peso),

atrae particularmente la atención del público. Ha venido de Baviera. Es rechoncho, de un verde oscuro, tiene una sola aleta dorsal, y está armado con un aguijón muy peligroso. Puede vivir más de dos horas fuera del agua. Cerca del siluro van y vienen, suben y bajan, se persiguen y saltan una infinidad de ciprinos dorados, esos preciosos pececillos encarnados que más bien son obras del arte que de la naturaleza. Son oriundos de China, de donde fueron introducidos en Europa en los primeros años del siglo XVI. Las damas del Celeste Imperio los tienen por favoritos, y pueblan con ellos sus moradas, donde los mantienen con moscas y yema de huevo endurecida y reducida a polvo.

Si abundan los peces en el aquarium de agua dulce, no sucede lo mismo en el de agua salada, para cuya construcción ha dado el ministro de Marina una subvención de 75,000 francos. Este aquarium no ofrece nada todavía a la curiosidad del público, pero es por causa de fuerza mayor. El Estado destacó del puerto de Cherburgo dos cisternas flotantes, la *Cruche* y el *Filtre*, destinadas a abastecer de agua el aquarium marino. Son dos chalanas dispuestas para recibir agua en vez de mercancías. Ahora bien, ha sucedido que estas cisternas cargadas de 150 metros cúbicos de agua salada cada una, no habiendo hallado bastante profundidad en el alto Sena, tuvieron que aligerarse en el camino, y así es que no han podido entregar más de cien metros de agua al aquarium, que debe contener 1,500 metros cúbicos. Un próximo viaje más feliz hará que se alcance el resultado.

He dicho al principiar que las exposiciones se sucedían de quincena en quincena en el jardín reservado. Primeramente aparecieron las azaleas. La Inglaterra expuso una de un tamaño fenomenal, tres metros y medio de circunferencia con dos de altura. A las azaleas sucedieron los pelargoniums, los helechos, y luego las rosas. Ultimamente hemos tenido la exhibición de rosas cortadas, rosas de todos los colores, azules, amarillas, negras, exhibición que ha sido extraordinariamente admirada. Hoy le ha tocado el turno a la exposición de claveles en tiestos y floridos.

Las exposiciones de verduras marchan a la par con las de flores. Los aficionados a melones tienen en el día una colección variada, de toda procedencia y forma. Hay también en el jardín reservado un rinconcillo destinado a la arboricultura, y que es digno de visitarse, pues en él se encierran escogidos modelos de árboles frutales.

Finalmente, con el lindísimo pabellón de la Emperatriz, los kioscos, el Diorama botánico, las pajareras llenas de pájaros raros, se completan los encantos de este jardín, que es una de las curiosidades más notables de la Exposición de 1867, C. P.

El ángel de los Williams.

(Continuación.)

Para complacer a su marido se había asociado a sus demostraciones patrióticas, pero sin tomar en ellas más parte que la que dice bien en una mujer.

Los necesitados y enfermos bendecían sin cesar el nombre de Juana, porque en ella siempre hallaban una limosna para su miseria, un bálsamo para las llagas de su cuerpo, un consuelo para las aflicciones de su ánimo.

Ninguno de cuantos desgraciados imploraban sus auxilios se retiró jamás de su presencia sin colmarla de bendiciones; y pues parecía que con solo verla se sentían aliviados de sus pesares.

Juana ignoraba los riesgos que corría Williams, y este aprovechándose de la vida retirada que llevaba su esposa desde que era madre, había terminantemente prohibido que ninguno de cuantos le rodeaban la informase de lo que estaba pasando.

Con esto, tranquila y venturosa en su maternidad, aguardaba sin la menor zozobra la vuelta de Williams, que estaba acostumbrada a ver ausente de su casa días enteros, cuando vio entrar repentinamente en su morada a una pobre mujer a quien había curado, hacia poco tiempo, un hijo de una dolencia reputada generalmente mortal.

— Juana, gritó aquella mujer, hay que huir; pues se dirigen a vuestra casa hombres armados, que harán con vos y con esa niña lo que ya han hecho con vuestro esposo; ¡os matarán!

A tan funestas palabras, púsose Juana pálida como una finada, voló a la cuna de su hija, cogióla entre sus brazos, y medio desnuda y esparcidos los cabellos, echó a huir al acaso y sin llevar ninguna dirección.

De aquella manera vagó largo tiempo por las desiertas calles, donde el terror había hecho cerrar todas las puertas mucho antes del toque de oraciones, hasta que por fin, extenuada de fatiga y con los pies ensangrentados, llegó a un lugar solitario que le era enteramente desconocido.

Allí del todo rendida, se dejó caer al pie de un elevado poste de madera, que la luna no tardó en iluminar....

Era la horca de que los soldados habían suspendido el cadáver de Williams.

Pero Juana miraba aquella horca y aquel cadáver sin

que apareciese en sus inmóviles facciones la más leve conmoción.

Tampoco parecía hacer alto en los tristes vajiados de su tierna hija que apretaba maquinalmente contra su seno.

¡Desventurada!... Había perdido la razón, y no conservaba más que un pensamiento, una sola sensación, el terror.

Inclinada hacia tierra, parecía escuchar con atención el ruido que hacían las hojas secas rodando por el suelo, y se estremecía toda cada vez que el cierzo daba un gemido más lastimero.

Poco a poco paró el cierzo, y las hojas secas dejaron de moverse.

Entonces se arrimó de espaldas al patíbulo, apoderándose de ella una especie de letargo producido por el frío y el cansancio.

La luna entre tanto volvió a ocultarse tras las espesas nubes que poco antes interceptaran su escasa luz: la nieve empezaba a caer a grandes copos, y Juana y su hija fueron desapareciendo poco a poco bajo la helada sábana que fué lentamente formándose sobre sus casi desnudos miembros.

III.

EL ANGEL Y EL DEMONIO.

Un triste silencio reinaba por todos aquellos lugares de maldición: las aves nocturnas, ahuyentadas por la nieve, volaban a buscar un asilo en el fondo de unas desiertas ruinas que estaban junto a la horca: no se percibía el más ligero soplo de aire; y Londres, sepultada en un profundo sueño y como alérgada por el frío, no enviaba a aquellas retiradas soledades el más leve murmullo.

Estremeciéndose repentinamente Juana y levantó la cabeza: sin duda al acercarse la muerte recobró la razón.

Probó de separarse del patíbulo, pareció que iba a volver el calor a su hija al estrecharla contra su pecho; pero fué todo en vano: volvió a caer en el helado suelo.

Asomáronse a sus ojos dos lágrimas, se le escapó la niña de los brazos, y volvió a reinar de nuevo el silencio.

En aquel instante descendió de los cielos un ángel para recoger el alma santa y pura que acababa de desprenderse de su corteza mortal.

— Hermana mía, le dijo inclinándose hacia ella con aquella inefable sonrisa propia de los bienaventurados, ven a ocupar tu puesto en el coro de los mártires, donde te aguarda Williams, tu Williams, ceñida la frente de una aureola inmortal. La felicidad que va a empezar para tí no tendrá fin: ven a postrarte a las plantas de Dios por toda la eternidad.

Pero quedaba aun un pensamiento terrenal, si ese nombre profano puede darse al amor materno, en el alma sin mancilla pronta a entrar en el cielo.

— ¿Y mi hija? murmuró volviendo a la tierra sus ojos; ¡y mi hija!

— Antes de pocos instantes te seguirá también al paraíso.

Y colocada sobre las alas de su divino guía, tomó radiante su vuelo hacia la Jerusalén celestial.

El ángel no tardó en volver cerca de la niña; pero ¡cuál fué su asombro y consternación al ver agachado a un demonio delante de aquella débil criatura, presa de todas las convulsiones de la agonía!

— ¿Qué haces tú aquí, réprobo? gritó el hijo del cielo. ¿No sabes que esta niña es hija de dos mártires?

— Por eso será para el infierno una presa de más valor, hermoso querubín, dijo con maligna sonrisa el demonio. Sí, la hija de dos mártires, la hija de dos moradores del paraíso vendrá a participar de nuestra eterna desesperación; porque no ha sido bautizada, y por tanto pertenece a Satanás mi amo.

— ¡Atrás! dijo el ángel, bajándose al cadáver de la madre para coger con la punta de una rama que tenía en la mano una de las lágrimas que brillaba aun en la megilla de Juana. ¡Atrás! que con esta lágrima la bautizaré.

— Si yo quiero, dijo el demonio, que, con su abrasado aliento, secó al instante la lágrima.

Volvió el ángel la cabeza, y el demonio se gozó por algunos momentos en el triunfo que acababa de alcanzar.

— ¡Héte aquí vencido, querubín! Vas a tomar otra vez el vuelo para el empíreo, y allí te esperan el punzante sarcasmo y la ironía de los demás ángeles. Tu orgullo va a padecer una cruel humillación...

— ¡Calla, blasfemo! El sarcasmo y el orgullo son desconocidos en el cielo.

— Pero no lo es el pesar. ¡Qué motivo más justo de afligirse que el haber perdido el alma de un niño, verla caer en las tinieblas eternas, cuando quizá por su llegada entenaban ya los coros celestiales los *aleluyas* y los *hosannas*! ¡Y ha de ser mía el alma de un justo!

El ángel se cubrió con sus alas para ocultar al espíritu maligno la profunda tristeza que le dominaba.

— No te entregues con todo a la desesperación, repuso el demonio. Aun puedes rescatar esa alma. Esa niña no ha exhalado todavía el último suspiro: si tú quieres, yo consiento desde ahora, no en que entre en el cielo, pero sí en que viva. Algunos de los amigos de Williams están buscando a Juana y a su hija; hasta

ahora los he tenido desviados de estos lugares; acepta las condiciones que voy a proponerte y me retiro al instante a mi sombría morada. Entonces encontrarán a la niña los que la buscan, la bautizarán y educarán, y con el tiempo se la apropiará el que fuere más diestro de nosotros dos. ¿Te placen estos pactos?

— ¿Y a qué costa he de alcanzar esta gracia?

— Tan solo quiero que me permitas imprimir un beso sobre tu frente.

— Huye, miserable, ó si no, llamaré a mis hermanos para que te hieran con sus espadas de fuego.

— ¡Ya, ya! Tú predicas la caridad sin practicarla. Prefieres la pérdida de un alma a la pasajera mancha que sobre tu frente dejarían mis labios. Pues bien: esta alma será mía. Sería un insensato en tenerle compasión, cuando se la niega un ángel.

Y diciendo esto alargó sus manos armadas de retorcidas garras para coger la presa. Prorumpió el ángel en un grito de dolor.

— ¡Dios mío, exclamó, perdonadme lo que voy a hacer para librar un alma! Vuestro divino Hijo murió en una cruz por la salvación de los hombres; y he de vacilar yo en sacrificar un momento de felicidad por la eterna bienaventuranza de esta niña? Acepto tu pacto.

Y temblando y lleno de consternación, presentó su frente a los inmundos labios del réprobo.

Apresuróse éste a estampar el beso fatal sobre la sien del ángel, que se estremeció todo al sentir el abominable contacto, apareciendo en sus celestiales facciones algo de aquel dolor sublime que ha puesto Rubens sobre el rostro de la Magdalena en su cuadro del *Descendimiento*.

— No basta ser caritativo, dijo con mofadora sonrisa el demonio, después de haber puesto al querubín su infernal sello, no basta ser caritativo, es menester también ser prudente. Ese lunar con que he marcado tu frente será eterno, y lo hubieras evitado procediendo con menos ligereza, é informándote por tus hermanos de lo que voy a enterarte. Esa niña ni está destinada a morir ahora ni lo ha estado nunca: Dios quiere sujetarla a una larga vida de pruebas... Has obrado con excesiva presunción y has sido engañado. Adios. ¡Te acordarás de Astaroth!...

Y desapareció dejando en pos de sí un largo rastro de llamas.

El querubín, confundido y cubierta la cabeza con sus alas, se arrodilló y alargó hacia el cielo sus manos en señal de arrepentimiento y para implorar la misericordia divina. No tardó en sentirse estrechar suavemente entre los brazos de un ángel, y oyó una voz que le consolaba; era la de Gabriel, el jefe de la milicia celestial.

— Azrael, le dijo, consuélate, pues tu desgracia no es irremediable y tendrá fin. Si no hubieses dudado de la misericordia de Dios, no se vería ajada tu frente con esa señal que te veda la entrada en el cielo. Pero el Todopoderoso en su infinita misericordia, ya que tu falta proviene de caridad, te deja la esperanza de volver a ocupar tu puesto entre tus hermanos. El día que la familia de los Williams cuente cuatro mártires, dignos por sus virtudes de formar un nuevo coro en la milicia celeste, habrán terminado tus pruebas sobre la tierra, y volverás a juntarte con nosotros en el paraíso.

A estas palabras se separó Gabriel del ángel, que derramando amargas lágrimas, quedó por algunos instantes mirando al cielo que por tanto tiempo debía estarle cerrado.

IV.

EL ANCIANO SACERDOTE.

Cuando el querubín Azrael dejó de oír la voz del arcángel y se encontró solo y abandonado sobre la tierra, salió del profundo abatimiento en que al principio le sumiera el decreto del cielo de que acababan de enterarle, y alentado quiso probar de lanzarse en pos de su hermano que de nuevo volaba hacia el cielo.

Elevóse rápidamente hasta tocar los límites de la atmósfera de nuestro globo, pero llegado allí, una fuerza insuperable burló los esfuerzos de sus alas.

No pudo salvar la oculta barrera que le tenía aprisionado, y ni todos sus conatos, ni sus lágrimas, ni sus suplicantes ruegos consiguieron doblegar la omnipotente voluntad que le repelia.

Postrado de fatiga, y con el corazón afligido, abatió su vuelo hasta la tierra, y vio a la hija de Juana rodeada de un numeroso grupo atraído a aquellos lugares por el anhelo de tributar los últimos deberes a Williams Barba-larga.

Los había llenado a todos de asombro y consternación el hallazgo del cadáver de Juana y de su hija espirante al pie mismo del patíbulo.

Una buena vecina cogió a la tierna niña, envolviola cuidadosamente con su manto y procuraba reanimarla con el calor de su aliento; mientras que cuatro hombres descolgaban de la horca el cuerpo de Williams y lo colocaban sobre un sudario que al efecto habían traído.

Algunas mujeres prestaban a Juana iguales cuidados, y con sus largos velos atados unos con otros amortajaban su cadáver.

Cargaron todos en seguida con tan preciosa carga y se dirigieron en silencio hacia la iglesia de Santa María del Arca, donde les estaban aguardando en el coro tres sacerdotes arrodillados rezando paces.

Así que oyeron rechinar sobre la nieve los pasos de aquel lúgubre acompañamiento, los sacerdotes se levantaron, y el mas anciano echó agua bendita sobre los helados restos de los dos esposos, empezó el oficio de difuntos, celebró el misterio de la misa, y despues de haber terminado la ceremonia, volvióse á las ocho ó diez personas que de rodillas rogaban por el difunto defensor de las inmunidades de la ciudad.

— Hermanos, dijo en alta voz; el mas valiente y virtuoso de los vecinos de Lóndres ha sido victima de un asesinato vil y de una odiosa traicion; tres deberes nos restan que cumplir para con él; ¿jurais por la salvacion de vuestra alma, por la parte que os toca en el paraiso, y en nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, cumplir religiosamente estos deberes?

— Por la salvacion de nuestra alma, por la parte que nos toca en el paraiso, y en nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, juramos, exclamaron todos.

— ¡Amen! respondió el sacerdote. Escuchad pues, y teneos por advertidos. El primero de estos deberes es no revelar jamás á los normandos el lugar donde descansan los restos del generoso y leal defensor que vamos á depositar debajo de esta bóveda. Declaro desde ahora traidor, perjuro, excomulgado y fuera de nuestra santa Iglesia al culpable que directa ó indirectamente, con palabras ó con gestos, venda el secreto de esta tumba y exponga á la profanacion tan santas reliquias. ¡Caiga el anatema sobre él!

— ¡Anatema sobre él! exclamaron todos los presentes con gesto de amenaza y de maldicion.

— En segundo lugar, continuó la voz grave y pausada del sacerdote, es preciso perseverar en la obra que con tanta lealtad como ardimiento habia comenzado; y por lo mismo es necesario que alguno de vosotros emprenda el viaje á Normandía que poco ha Williams hizo por vosotros. El que se encargue de esta mision se echará á las plantas de Ricardo, le informará del asesinato de Williams y le pedirá justicia contra la traicion de los aldermen y la iniquidad del arzobispo Cantorbery. ¿Quién partirá á cumplir este peligroso deber?

Un silencio profundo siguió á la pregunta del sacerdote.

— ¡No creia por cierto encontrar en vosotros tanta ingratitud, teniendo á la vista las aun calientes reliquias de un mártir sacrificado por vuestra causa! exclamó el sacerdote con indignacion. Si nadie tiene valor bastante para emprender el viaje á fin de pedir al rey Ricardo justicia por Williams, yo, viejo desvalido, me encargaré de este negocio. ¿Qué, nadie responde? ni tú tampoco, Beltran de Gourdon, ¡tú, que eres cuñado de Williams, que te casaste con la hermana de su mujer!

Beltran de Gourdon se levantó de entre la multitud que estaba de rodillas y dijo:

— Padre, ignorais sin duda que no soy sajón sino por el matrimonio que contraí con una sajona, con la hermana de esta pobre Juana que aun ayer me consolaba en mi reciente viudez con sus buenas palabras. Mi padre es vecino de la ciudad de Limoges, yo nací en el castillo de Chalud, que depende del mismo condado, y como no soy vasallo del rey Ricardo, seria muy mal recibido en su corte, si fuese á pedir justicia por Williams; pero ya que entre todos estos ingleses no se encuentra un corazon bastante esforzado para consagrarse á la causa de Williams, yo os ofrezco todo cuanto poseo para cubrir los gastos de vuestro viaje, y aun mas, con mi ballesta al hombro os acompañaré adonde quiera que vayais. Mientras me quede un soplo de vida, ningun riesgo teneis que temer, porque mis tiros son certeros y mi valor á toda prueba.

— Partamos al instante, dijo el anciano presbítero, que Dios nos protegerá dándonos valor bastante para llevar á cabo nuestra empresa. Volvióse despues el sacerdote á los circunstantes, y calmada un poco la anterior indignacion, les preguntó:

— ¿Quién de vosotros se encargará de cuidar de la hija de Williams? ¿qué madre querrá serlo para ella? ¿qué padre la adoptará por hija?

— Yo, si quereis, tomaré en mi casa á la tierna hija de Williams, dijo uno llamado Godwin: mi esposa se ha adelantado á prohibirla, y segun veis, la alimenta ya con su leche. Desde ahora la hija de Williams será la mia, vivirá en mi casa, se sentará á mi mesa, vestirá como mis propios hijos, y con ellos partirá la herencia que yo deje al morir. ¡Dios me maldiga, si acaso falto á mi palabra, y si desde este instante no me constituyo su padre!

— Y yo su madre, contestó la esposa de este, adelantándose con la niña que tenia estrechamente abrazada.

— Dios reciba vuestros juramentos, maese Godwin; hermanos, id en paz.

Retiráronse todos en silencio, quedando solos el presbítero y Beltran de Gourdon.

— ¿Estais pronto, hermano? dijo el sacerdote: un barco que he mandado preparar á todo evento no aguarda mas que pasajeros para partir y hacerse á la vela para Normandía.

— Esperad un cuarto de hora, no mas; y vuelvo para no dejaros.

— Beltran, vos no sois casado; vuestro padre está en Limoges: ¿de quién habeis, pues, de despediros en Lóndres?

— No necesito mas que un cuarto de hora antes de salir, contestó el archero, y salió de la iglesia en direccion al suplicio de Williams.

Allí sacó un cuchillo, cortó como un palmo de madera de la horca, lo envolvió con mucho cuidado, y lo colocó en la aljaba.

Volvióse en seguida á la iglesia, donde le estaba aguardando en oracion el anciano presbítero.

— Llevo en mi escarcela cuatrocientas monedas de oro, dijo el archero; ¿os parece si bastarán para nuestro viaje?

— Mi bolsillo contiene otras ochocientas, repuso el sacerdote. Pongámonos en viaje antes que el arzobispo de Cantorbery descubra nuestros planes y se empeñe en estorbarlos.

— Vamos, pues.

— ¡Dios mio, concedednos vuestra ayuda, exclamó el anciano presbítero antes de salir de la iglesia, dad persuasion á mis palabras y fuerza á mis miembros helados ya por la edad. Se trata de vuestra causa, pues que se trata de la causa de los oprimidos.

Algunos momentos despues entraron los dos en una lancha que los condujo á un buque fondeado á muy poca distancia.

Iba mandado aquel buque por un capitán sajón muy adicto á la causa del vecindario de Lóndres, y dió la vela para Normandía adonde le llamaban sus asuntos comerciales.

Al día siguiente por la mañana, el pueblo, que tan pasivo habia presenciado la vispera el asesinato de su defensor, fué, ya por curiosidad, ya por devocion, á visitar la horca.

Llenóle de asombro la desaparicion del cadáver, y sobre todo lo que le causó mayor impresion fué lo que habia rajado del patíbulo Beltran de Gourdon.

No pudiendo explicar aquellos misterios sino por lo maravilloso, no faltó quien dijo que los ángeles se habian llevado al cielo los despojos humanos de Williams, y echóse de ver en el pedazo que se habia cortado de la horca una revelacion de las milagrosas virtudes de aquel leño, instrumento de un mártir.

Aquella interpretacion fué adoptada por todos con entusiasmo, derrióse la horca, sus mas menudos pedazos fueron disputados como preciosas reliquias, y los que no podian coger ningun trozo cavaban el suelo donde habia estado plantado; de suerte, que en pocos instantes un profundo hoyo señalaba el lugar de la horca.

No tardó en cundir por toda Inglaterra el eco de la muerte y del milagro obrado por la intercesion del bienaventurado Williams.

De diferentes puntos de aquel reino fueron en romeria á la horca, y pasaron de veinte mil los sajones que cumplieron con la peregrinacion al lugar del suplicio de san Williams.

Los curas de diferentes iglesias de Lóndres, sajones por la mayor parte, predicaron la canonizacion del mártir de la causa nacional, y en vano el arzobispo de Cantorbery, junto con el gran justiciero Huberto, echó mano de la cárcel, de los azotes y del dogal para atajar el culto unánimemente tributado á la memoria de Williams.

Su nombre fué invocado durante mas de un siglo como el de un bienaventurado, y muchos manuscritos del aquel tiempo atestiguan que hasta los mismos normandos acabaron por adoptar al santo inglés, olvidando que era una victima sacrificada por la injusticia y la opresion de sus padres.

V.

UNA BATALLA.

Entre tanto el rey Ricardo, que hacia mucho tiempo habia olvidado á Williams Barba-larga y las promesas que le tenia hechas, tan solo pensaba en tomar venganza del conde Limoges, contra el cual experimentaba un odio implacable.

Hé aqui las causas que habian despertado tan profundo encono en el ánimo del monarca.

Fundada ó infundadamente habia cundido la noticia de que el conde de Limoges acababa de descubrir en un lugar de sus estados un tesoro de un valor inmenso; no se hablaba nada menos que de una cantidad de 10,000.000,000 de florines hallada en el fondo de una gruta, en que inadvertidamente habia penetrado un pastor á media noche el día de Navidad.

Segun la tradicion, aquel día á media noche se hacen visibles todos los tesoros ocultos, y quedan privados de su poder los demonios encargados de su custodia hasta el momento en que se separa del altar el sacerdote que dice la primera misa.

No bien supo Ricardo aquel maravilloso acontecimiento, reclamó su parte en el hallazgo, suponiendo que antiguamente habia pertenecido á su abuelo Guillerme el Conquistador la gruta donde por tanto tiempo habia permanecido aquel tesoro ignorado de todos.

El conde de Limoges contestó que ningun tesoro habia hallado, pero aun cuando lo hubiese efectivamente hallado, lo guardaria para sí, supuesto que era dueño soberano de su condado, y que sus títulos no derivaban ni del rey de Inglaterra ni del duque de Normandía.

Mucho menos hubiera bastado para hacer empuñar las armas á Corazon de Leon, siempre ardoroso y siempre dispuesto á desenvainar la espada y correr á la pelea. Reunió sus tropas, dió la señal de alzar la bandera y á los ocho días se hallaba sitiado por ocho mil hombres, mandados por Ricardo en persona, el fuerte Chalus donde moraba el conde de Limoges.

Habia creído el monarca inglés que un golpe de mano bastaria para apoderarse de aquella ciudadela; pero llenóse de asombro y de ira al ver al conde al frente de

su valiente guarnicion, y cuando supo que la ciudad se hallaba muy provista, no solo de municiones sino tambien de toda clase de máquinas de guerra.

Llevado de su impaciencia ordinaria, quiso que desde luego se diese el asalto; y sin dar á sus tropas tiempo para descansar, ni aguardar las máquinas de que se esperaban resultados maravillosos contra los sitiados, mandó arrimar las escalas, que no tardó en ver desplomarse hechas astillas por las enormes piedras, que les arrojaban desde lo alto de los muros y por medio de varias máquinas que habian puesto en movimiento.

El ejército anglo-normando se vió en la necesidad de emprender la retirada, armó las tiendas de campaña y se puso á atrincherar el campo para hallarse al abrigo de las salidas que pudiesen intentar los sitiados alentados con esta primera ventaja.

En los tres días que duró la fortificacion del campamento, el rey Ricardo no descansó un instante, y pasó las noches sin permitir que sus escuderos le desatasen la cota de malla.

Tan solo cuando vió abiertas las trincheras y que todo estaba concluido, entró en su tienda y se durmió profundamente sobre la piel de un leon que le servia de lecho cuando se hallaba en campaña.

Postrado por el cansancio, su sueño duró mas de doce horas, y se hubiera sin duda prolongado aun por mas tiempo, á no haberse levantado un desórden junto á la tienda del rey, ocasionado por la llegada de un archero que traia bordadas en la sobrevesta las armas del conde de Limoges.

Aquel archero era Beltran de Gourdon, acompañado del anciano sacerdote de Santa María del Arca.

Al principio habia logrado penetrar en el campamento sin dificultad, porque nadie habia hecho alto en el traje del archero; pero luego que repararon en él, lo rodearon, y como siguiese adelantándose silenciosamente hacia la tienda real, que se distinguia de todas las otras por el pabellon encarnado que sobre ella ondeaba, los soldados le atajaron el paso.

Sin intimidarse por esto Beltran, cogió el puñal y juró que iba á herir al primero que quisiese estorbarle el hablar con el rey Ricardo.

Quisieron echarse sobre él para desarmarle, pero se defendió con denuedo, trabándose con esto el ruidoso combate que puso término al sueño de Ricardo.

Despierto el rey y levantándose, creyó que el campamento habia sido repentinamente atacado por los sitiados. Cogió sus armas, y medio desnudo se lanzó fuera de la tienda... y no vió mas que al esforzado Beltran de Gourdon haciendo frente á ocho ó diez agresores, y al anciano sacerdote procurando interponerse entre los combatientes para ponerlos en paz. Dió Ricardo un grito; al instante se detuvieron todos, y el sacerdote pudo adelantarse libremente con su compañero hasta cerca del rey, á cuyas plantas se puso de rodillas, quedándose de pié el archero y contentándose con hacer al monarca el saludo militar. Corazon de Leon le lanzó una mirada de enojo.

— ¿Desde cuándo, le preguntó, el vasallo no dobla la rodilla delante de su señor y amo?

— Yo no soy vasallo del rey Ricardo, repuso Beltran con sosegado continente, pertenezco al condado de Limoges.

— Entonces ¿qué vienes á hacer en el campamento enemigo?

— Vengo á cumplir el juramento que he hecho sobre el altar de Santa María del Arca de traer sano y salvo á vuestra presencia á este venerable sacerdote de Jesucristo.

— ¿Y con qué objeto ha emprendido este anciano tan penoso viaje? ¿Qué es lo que le ha obligado á abandonar su iglesia y mi ciudad de Lóndres?

(Se continuará.)

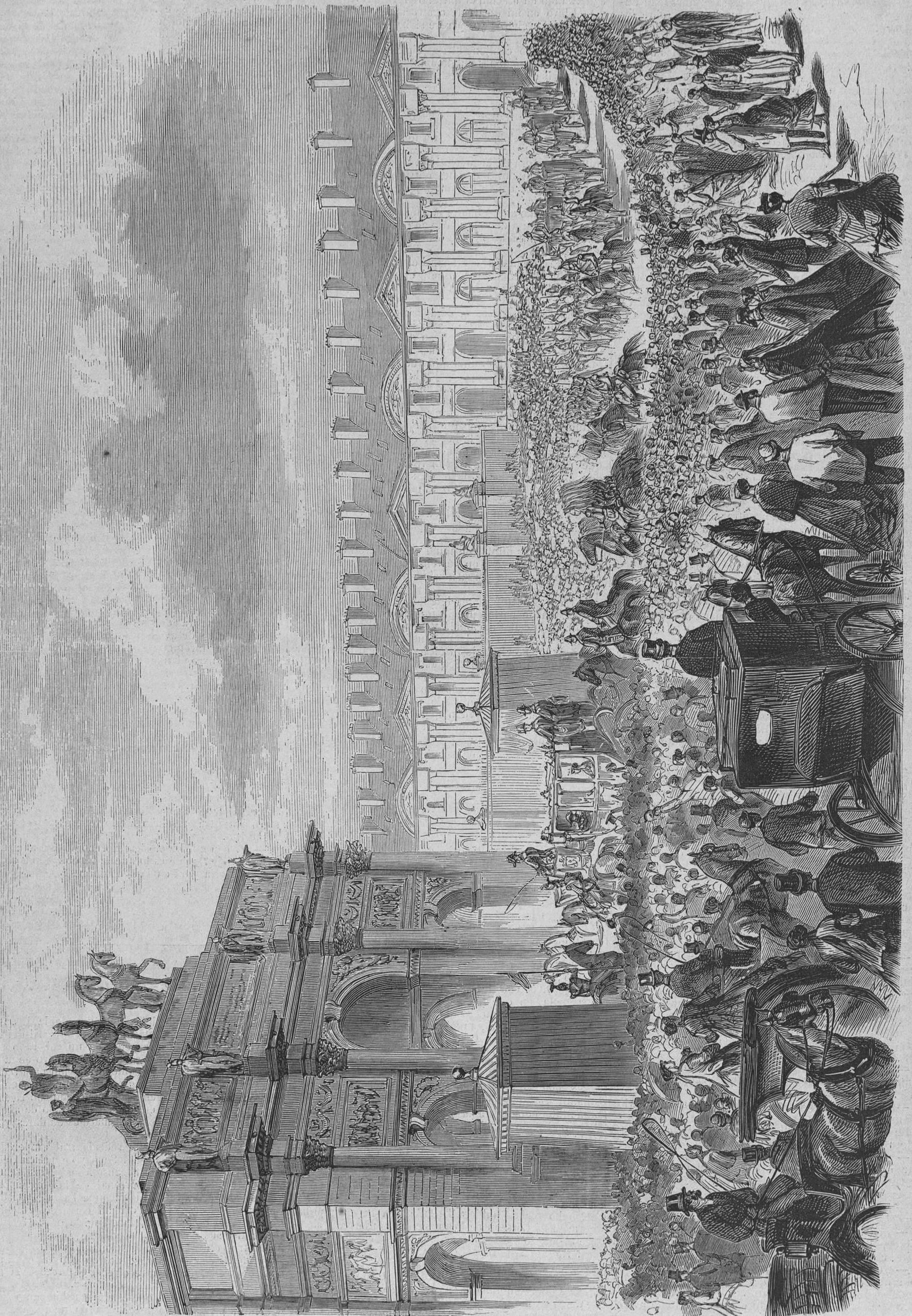
El rey de Portugal en Paris.

Por cuarta vez desde la apertura de la Exposicion universal de Paris la estacion del ferro-carril del Norte ha sido testigo de la recepcion de un soberano por el emperador Napoleon. El sábado á las cuatro de la tarde Napoleon III se trasladó á dicha estacion para recibir á los reyes de Portugal. El gran salon que hay enfrente del desembarcadero habia sido adornado con ricas colgaduras de terciopelo encarnado sembrado de abejas de oro, y en el exterior se veian macetas de flores y plantas exóticas.

Entre los personajes que rodeaban al emperador se distinguian los prefectos del Sena y de policia, el mariscal Regnault de Saint-Jean-d'Angely, los generales Mellinet y Fleury y el personal de las legaciones de Portugal y del Brasil. El vizconde Paiva, enviado extraordinario del rey de Portugal cerca del emperador, con una parte de su legacion, habia ido á la frontera á esperar á sus soberanos.

El tren entraba en la estacion á las cuatro y cuarenta minutos. El emperador se acercó con la comitiva al wagon real, y despues de ofrecer el brazo á la reina, se dirigieron todos al salon de honor.

La reina María Pia, que es alta y rubia como su hermana la princesa Clotilde, vestia de negro, y se sentó en el coche imperial al lado del rey Luis I, que tenia



PARIS. — Entrada en Tullerías de SS. MM. el rey y la reina de Portugal.

enfrente al emperador y á S. A. el infante duque de Goimbra. Las personas de la servidumbre de Sus Majestades ocuparon los demás coches de la corte, y el cortejo, precedido de un piquete de lanceros de la guardia, y escoltado por otro de cien guardias, se dirigió por las calles de Lafayette, de la Paz y de Rivoli hácia las Tullerías, donde SS. MM. debían ocupar el pabellon Marsan.

Al llegar al patio de las Tullerías el cortejo encontró formado en la carrera un batallón de cazadores de la guardia imperial. La tropa presentó las armas y la banda de tambores tocó marcha.

La emperatriz, precedida y seguida de los grandes dignatarios de la corona y de las damas de su servidumbre, bajó hasta el pié de la escalera para recibir á sus augustos huéspedes.

Después de las presentaciones, que se verificaron en el salón del Primer Cónsul, la emperatriz condujo á la reina de Portugal en un carruaje de la corte á las habitaciones que se le habían preparado, y al mismo tiempo el emperador acompañaba al rey á pié hasta el pabellon Marsan.

Durante la comida, entre cinco y seis, se ejecutó un concierto en el jardín de las Tullerías: las músicas de los regimientos extranjeros que han venido á Paris tocaron las piezas más brillantes de su repertorio.

R. S.

Bellas-Artes.

EXPOSICION DE 1867.

El cuadro que se veía representado en uno de los dibujos del último número, titulado: *Ribera dibujando*



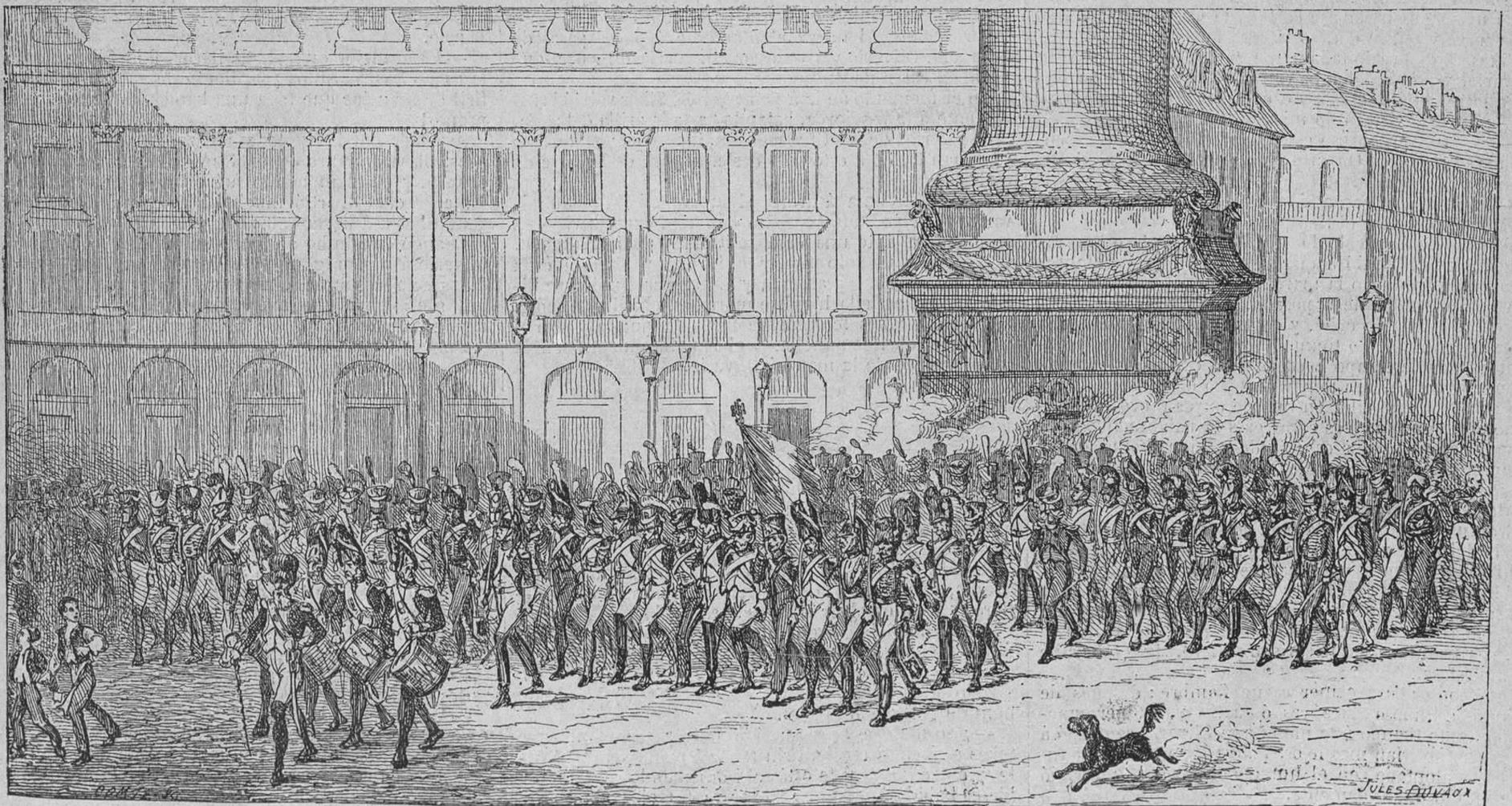
EXPOSICION DE BELLAS-ARTES DE 1867. — *El Vestibulo*, cuadro por M. Heilbuth.

á la puerta del Ara Cœli, por M. Bonnat, ha obtenido un triunfo merecido. El sentimiento de la vida, el conocimiento de la luz, de las costumbres romanas, están expresados en él con una intensidad extraordinaria, y todo esto tratado con mano segura y ligera al mismo tiempo. Tampoco faltan en este lienzo el encanto y la poesía, como lo prueba esa muchacha de los Abruzzos tan bonitamente apoyada en el pilar central del cuadro, y que con su postura contribuye á la silenciosa armonía de la composición.

Los romanos de M. Heilbuth son menos poéticos que los de M. Bonnat. Sin embargo, este *vestibulo* de cardenal, donde hay un conciliábulo de lacayos, muestra igualmente la vida romana bien estudiada y figurada bajo uno de sus aspectos más interesantes.

El *Quince de agosto en la plaza Vendôme*, por M. J. Duvaux, es una obra meritoria, tanto por la idea que la ha inspirado, como por el cuidado, la conciencia y exactitud con que se ha ejecutado esta pintura. Todos los uniformes de los inmensos ejércitos de Napoleon se hallan reproducidos con escrupulosa fidelidad en esos pelotones de veteranos que desfilan al pié de esa columna fundida con el bronce de los cañones ganados por ellos en las batallas. La edad los ha desfigurado bastante desde el día en que entraban derechos y orgullosos en Viena, en Berlin y en Moscou; pero al través de la magrura ó la obesidad que la caprichosa naturaleza ha impuesto á su vejez, como Anteo recobraba su fuerza al tocar la tierra, así ellos recuperan su marcha victoriosa al pasar al pié de la columna desde la cual les contempla sereno su soberano.

A. G.



El 15 de agosto en la plaza Vendôme, cuadro por M. J. Duvaux.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Todos los parques situados en medio de aquel vasto recinto, estaban llenos de carneros, bueyes, vacas y ganado de todas clases, formando entre todos una línea interminable; mientras que los carniceros, campesinos, mercaderes ambulantes, pilletes, ladrones y vagabundos, mezclados y confundidos, componían una masa tan compacta como confusa. El silbido de los vaqueros, el ladrido de los perros, el mugido de las vacas, el balido de las ovejas, el gruñir de los cerdos, los gritos de los mercaderes ambulantes, las exclamaciones, los juramentos, las disputas, el tañido de las campanas, el movimiento de tantos hombres empujándose unos á otros y codeándose sin cesar; todo en fin contribuía á ensordecir, y era bastante para aturdir á cualquiera.

Sikes, arrastrando siempre á Oliverio consigo, se abría violentamente paso á través de la multitud, sin importársele el tumulto, que era para Oliverio una cosa nueva, y que le causaba la mayor sorpresa. El bandido saludó con una inclinación de cabeza á dos ó tres amigos á quienes encontró, pero no quiso detenerse á echar con ellos el trago que le ofrecían, y continuó avanzando lo mas aprisa posible hasta salir del mercado y llegar á la calle de Holburn.

— ¡Vamos, muchacho! exclamó con dureza mirando al reló de la iglesia de San Andrés; ya son las siete, y es preciso que aprietes el paso. ¡No vayas á quedarte atrás, perezoso!

Así diciendo, Sikes sacudió bruscamente el brazo de Oliverio, el cual apresurando el paso, trató de regular su marcha con la del bandido.

Camínaron con la misma rapidez hasta mas allá de Hyde-Park en la dirección de Kensington, y entonces Sikes acortó el paso para dar lugar á que les alcanzara una carreta que venía detrás de ellos, y en la que se veía en una chapa el nombre de *Hounslow*. Llegada que fué, Sikes preguntó al carretero, con toda la política de que era capaz, si quería dejarle subir hasta Isleworth.

— Subid, dijo el hombre; ¿es vuestro este chico?

— Sí, contestó Sikes, mirando á Oliverio de reojo y llevando la mano al bolsillo donde tenía la pistola.

— Tu padre anda muy aprisa, ¿no es verdad, hijo mio? preguntó el carretero viendo á Oliverio sin aliento.

— Nada de eso, contestó Sikes; ya está acostumbrado. Vamos, dame la mano, Eduardo, y sube pronto.

Al decir estas palabras hizo subir al chico en la carreta, y el carretero le mostró unos sacos para que descansara sobre ellos.

Al ver sucederse en el camino los postes colocados de milla en milla, preguntábase Oliverio con asombro adónde le conduciría su compañero. Ya habían dejado atrás á Kensington, Hammersmith, Chiswick, New-Bridge, Brentford, y aun seguían andando como si empezaran en aquel momento. Por fin llegaron á una posada que tenía por título: *La diligencia de cuatro caballos*; un poco mas lejos hallábase cortada la vía por un camino trasversal, y allí se detuvo la carreta.

Sikes bajó precipitadamente sin soltar la mano de Oliverio, y lanzándole una mirada furiosa mientras llevaba la mano al bolsillo con un gesto significativo.

— ¡Hasta la vista, hijo mio! dijo el carretero.

— Es muy vergonzoso este chico, contestó Sikes sacudiendo el brazo de Oliverio; pero no hagais caso, buen hombre.

— Nada de eso, contestó el otro subiendo á su carreta. Mirad, ya aclara el tiempo.

Y arreando á su caballo, alejóse el carretero con rapidez. Sikes aguardó á que desapareciese, y entonces emprendió de nuevo la marcha.

A poca distancia de la posada, volvieron á la izquierda, despues á la derecha, y continuaron luego en línea recta durante mucho tiempo. Magníficos jardines y elegantes casas de campo bordeaban el camino, y sin detenerse mas que para tomar un poco de cerveza, llegaron por fin á una villa en uno de cuyos muros vió Oliverio escrita en gruesos caracteres la palabra *Hampton*. Despues de vagar por espacio de algunas horas en los campos, volvieron á la villa, y entrando en una misera posada cuya muestra apenas podía leerse, hiciéronse servir de comer en la cocina, cerca del fuego.

Era una especie de sala baja con una gruesa viga en medio del techo; delante de la chimenea veíanse algunos bancos en los que estaban sentados varios hombres de blusa, ocupados en beber y fumar. Ninguno de ellos fijó su atención en Sikes ni Oliverio, y el bandido, por su parte, sin hacer tampoco caso de ellos, fué á situarse en un rincón con su jóven compañero, sin que nadie les molestase.

Sirviéronles para comer carne fiambre: despues de la comida, fumóse Sikes tres ó cuatro pipas, permaneciendo tanto tiempo á la mesa, que Oliverio comenzó á creer que no irían mas lejos. Fatigado por tan larga caminata y atontado con el humo del tabaco, se durmió bien pronto profundamente.

Era ya muy entrada la noche cuando le despertó Sikes; al abrir los ojos vió á su compañero en conferen-

cia íntima con un labriego con el cual bebía un jarro de cerveza.

— Así pues, vais á Bas Halliford, ¿no es verdad? preguntó Sikes.

— Sí, contestó el hombre, que parecía estar un poco bebido; pero no tardaré en llegar, pues mi caballo no está cargado como esta mañana cuando vine, y recorreremos el camino en muy breve tiempo; ¡es un excelente cuadrúpedo!

— ¿Podriais conducirnos hasta allí? preguntó Sikes, echando de beber á su nuevo amigo.

— Si marchais en seguida, no hay inconveniente, contestó el hombre. ¿Vais á Halliford?

— Voy hasta Shepperton, dijo Sikes.

— Entonces soy vuestro hasta donde os he dicho, repuso el otro. ¿Está todo pagado, Rebeca?

— Sí, el señor ha pagado, replicó esta.

— ¡Cómo! dijo el labriego con el tono grave de un hombre que ha echado un trago de mas, esto no puede pasar así, ¿me entendéis?

— ¿Por qué razon? preguntó el bandido; me prestais un gran servicio, evitándome la incomodidad de permanecer aquí, y esto bien vale un cuartillo ó dos.

El hombre pesó maduramente el valor de aquel argumento, y dando despues un apretón de manos á Sikes, declaró que era un honrado mozo. El bandido dijo que aquello era una broma, y en efecto, por tal hubiera podido tomarse á no estar aquel hombre tan borracho.

Despues de haber cambiado infinitos cumplidos, despidiéronse de los concurrentes y salieron, en tanto que la criada, despues de recoger las jarros y los vasos, iba con las manos llenas á colocarse delante de la puerta para verlos marchar.

El caballo, á cuya salud se habia bebido, estaba ya enganchado á la carreta, á la que subieron Oliverio y Sikes sin mas ceremonia. El labriego, sin dejar de multiplicar los elogios sobre su caballo, desafiando al posadero á que encontrase otro de tan buenas condiciones, subió á su vez y arreó á su jamelgo, el cual, despues de encabritarse varias veces, partió al fin como un rayo.

La noche era sombría, y una espesa niebla, elevándose del río y de los pantanos inmediatos, iba cubriendo la campiña en una gran extension. Hacia un frío penetrante, y todo presentaba un aspecto lúgubre y siniestro. Los viajeros no hablaron una palabra, pues el conductor se habia dormido, y Sikes, por su parte, no quiso interrumpir el silencio. Oliverio, devorado por la inquietud y el temor, creía ver en los árboles, cuyas ramas se balanceaban tristemente, otros tantos fantasmas, en medio de aquella desolada naturaleza.

Al pasar delante de la iglesia de Sunbury, el reló dió las siete. Una sola luz brillaba en una ventana, y su débil resplandor, proyectándose en el camino, permitía ver la espesa copa de una encina que sombreaba varias tumbas. A poca distancia, oíase el monótono murmullo de una cascada, confundido con el rumor de las hojas de los árboles, agitadas dulcemente por el soplo del viento de la noche. Hubiérase dicho que aquello era una música triste, propia para el eterno reposo de los muertos.

Despues de haber atravesado Sunbury, encontráronse en un camino solitario; dos ó tres millas mas lejos se detuvo la carreta, y Sikes bajó con Oliverio, continuando despues su camino sin detenerse.

En Shepperton no se pararon en ninguna parte, como lo hubiera deseado el chico, rendido de cansancio, sino que continuaron su marcha por malos caminos, en medio de las tinieblas, hasta percibir las luces de un lugar vecino. Al mirar atentamente á pocos pasos de distancia, Oliverio vió que por allí corría un río, y que llegaban cerca de un puente.

En el momento de ir á pasar por él, Sikes volvió bruscamente á la izquierda, bajando hasta la orilla del agua.

— ¡El río! pensó Oliverio, dominado por el terror; ¡me han traído á este sitio desierto para deshacerse de mí!

Y ya se disponía á tirarse al suelo para tratar de salvar su vida por un supremo esfuerzo, cuando vió que se detenían ante una casa solitaria y casi arruinada. Constaba de un solo piso, y tenía una ventana á cada lado; no se veía luz alguna, y al parecer, hubiérase dicho que en aquella lúgubre morada no habitaba nadie.

Dirigióse Sikes lentamente hácia la puerta y alzó el picaporte; abrióse aquella, y el bandido penetró en la casa llevando de la mano á Oliverio.

XXII.

— ¿Quién va? preguntó una voz bronca apenas hubieron entrado en la casa.

— No meter tanto ruido, dijo Sikes corriendo los cerrojos de la puerta. Alumbrad, Toby.

— ¡Ah, ah! eres tú, camarada, replicó la misma voz. Pronto, una luz, Barney; enseña el camino á ese caballero, y trata de abrir los ojos si es posible.

El que hablaba arrojó probablemente un saca-botas ú otro objeto semejante á la cabeza de aquel á quien se dirigía, á fin de despertarle, pues oyóse el ruido de un madero al caer con fuerza, y luego el ronquido de un hombre entregado al sueño.

— ¿No me oyes? preguntó la misma voz; Guillermo Sikes está en la escalera sin tener á nadie para recibirle, y entre tanto tú te estás ahí durmiendo como si hubieses bebido láudano. ¿Tienes ya los ojos abiertos, ó será preciso que te tire el candelero de hierro á la cabeza para acabar de despertarte?

Al pronunciar estas palabras, oyóse un ruido de zapatillas, dejóse ver una luz en una puerta, y por fin se destacó la sombra de un hombre, á quien ya hemos dado antes á conocer como mozo de la taberna de Saffron-Hill.

— ¡Buenas noches, Sikes! exclamó Barney con una alegría verdadera ó ficticia; entrad, entrad.

— Vamos, adelante, dijo Sikes haciendo pasar á Oliverio; date mas prisa si no quieres que te pise los talones.

Maldiciendo la lentitud del chico, el bandido le empujó hácia la puerta, y ambos penetraron en una sala baja, abumada y sombría, sin mas mueblaje que dos ó tres sillas rotas, una mesa y un sofá, donde se hallaba recostado un individuo, con los piés mas altos que la cabeza, fumando en una gran pipa de tierra. Componíase su traje de una levita castaña, cortada á la última moda, con grandes botones muy brillantes, un chaleco de colores chillones y un pantalon gris. Toby Crackit, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, tenía muy poco pelo, mas á pesar de esto, peinado en forma de tirabuzones, por los cuales pasaba de vez en cuando sus dedos sucios cuajados de sortijas ordinarias. Su estatura era mediana, y parecía tener las piernas muy débiles, lo cual no le impedía admirar sus botas, que contemplaba con evidente satisfacción.

— Guillermo, amigo mio, exclamó volviendo la cabeza hácia la puerta, me alegro mucho de verte, y ya temía que hubieses renunciado á la expedición, en cuyo caso estaba resuelto á emprenderla yo solo... Pero... ¿quién es ese?

Y al decir estas palabras lanzó una mirada á Oliverio.

— Es el muchacho, contestó Sikes acercando su silla al fuego.

— Uno de los aprendices del buen Fagin, añadió Barney sonriendo.

— ¿De Fagin? repitió Toby mirando atentamente á Oliverio; entonces será un chico sin igual para limpiar los bolsillos de las viejas damas que van á la iglesia. ¡Buena mano para hacer fortuna!

— ¡Basta!... basta de eso, interrumpió Sikes con impaciencia.

E inclinándose al oído de su compañero, le dijo algunas palabras que hicieron reír á Crackit de todo corazón, en tanto que miraba á Oliverio con aire de asombro.

— Ahora, dijo Sikes, convendrá que nos dés de comer y beber, pues por lo que á mí toca, lo necesito mucho. Tú, muchacho, acércate al fuego y descansa, porque aun tendrás que salir esta noche, aunque no para ir muy lejos.

Oliverio miró tímidamente á Sikes con aire sorprendido, pero no dijo nada, y aproximando la silla al fuego, puso su cabeza ardiente entre las manos y permaneció inmóvil, sin darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

— Vamos, dijo Toby mientras que Barney ponía sobre la mesa una botella y algunas provisiones; ¡bebamos por el buen éxito de nuestra empresa!

Y levantándose para honrar el brindis, puso cuidadosamente su pipa en un rincón, acercóse á la mesa, y llenando un vaso de aguardiente, lo apuró de un trago. Sikes hizo lo mismo.

— Vaya un trago para el chico, dijo Toby llenando un vaso hasta la mitad. ¡Bébetelo, muñeco!

— Creed, replicó Oliverio mirando á Toby con aire suplicante, creed que yo no...

— Bébetelo esto, te digo, repitió Toby. ¿Te parece á tí que no sé lo que necesitas? Dile que se lo beba, Guillermo.

— Es lo mejor que puede hacer, dijo Sikes llevando la mano á su bolsillo; ¡pardiez! este galopin es mas difícil de manejar que toda una banda de truanes. ¡Bebe pronto!

Asustado por los gestos amenazadores de los dos hombres, Oliverio apuró de un trago el licor contenido en el vaso, y en el momento fué atacado de una tos violenta, lo cual divirtió mucho á Toby y á Barney, llegando hasta á hacer reír al feroz Sikes.

Cuando este hubo aplacado su hambre, obligando á Oliverio á que tragase un pedazo de pan, los dos bandidos se recostaron sobre sus sillas para dormir un instante. Oliverio permaneció cerca del fuego, y Barney, envuelto en una colcha, se tumbó cerca del hogar.

Durante algun tiempo durmieron ó aparentaron dormir, excepto Barney, que se levantó dos ó tres veces para echar carbon en la chimenea. Oliverio se habia adormecido: imaginábase que se hallaba recorriendo sombrías callejuelas, ó que iba vagando por un cementerio, cuando le despertó Toby Crackit, quien levantándose bruscamente, dijo que era ya la una y media.

En un instante estuvieron de pié los otros dos durmientes, y todos se ocuparon con la mayor actividad en hacer sus preparativos, Sikes y su compañero se pusieron unas corbatas muy gruesas y sus gabanes, en tanto que Barney, abriendo un armario, sacaba diversos objetos, que metía en los bolsillos de sus compañeros.

— Dame las *habladoras*, Barney, dijo Toby Crackit.

— Hélas aquí, repuso Barney presentándole un par de pistolas; las habeis cargado vos mismo.

— Bueno, dijo Toby guardándose las en el bolsillo; ¿y los *convincientes*?

— Yo los tengo, dijo Sikes.

— Y las llaves falsas, los barrenos, las linternas sortadas, ¿no se olvida nada? preguntó Toby atando unos alicates á una correa que llevaba en el forro de su gaban.

— Todo está corriente, replicó su compañero; danos los garrotes, Barney, que es lo único que nos falta.

Al decir estas palabras, ambos cogieron de manos de Barney un grueso baston.

— ¡Adelante! dijo Sikes dando la mano á Oliverio.

Abatido este por la fatiga de la marcha, y aturdido con el licor que le habian hecho beber, puso maquinalmente su mano en la de Sikes.

— Cógela otra, Toby, dijo el bandido; echa una mirada por fuera, Barney.

Este fué hácia la puerta y volvió á decir que todo estaba tranquilo. Los dos ladrones salieron con Oliverio, y Barney, despues de haber cerrado cuidadosamente, envolvióse en su manta y se echó á dormir.

La oscuridad era profunda; la niebla mucho mas espesa que al principio de la noche, y la atmósfera tan húmeda, que aun cuando no llovía, los cabellos y cejas de Oliverio se impregnaron al momento de un agua glacial. Despues de franquear el puente, dirigiéronse hácia las luces que habia percibido anteriormente; y como caminaban con paso rápido, no tardaron en llegar á Chertsey.

— Atravesemos el pueblo, dijo Sikes en voz baja; no habrá en las calles ni un perro que nos vea.

Toby no hizo objecion alguna, y enfilaron con precipitacion la calle mayor del pueblo, completamente desierta en aquella hora avanzada de la noche. En la alcoba de alguna que otra casa veíase un débil resplandor, y solo el ladrido de los perros interrumpia el silencio; pero á nadie encontraron. Al salir del pueblo, dieron las dos en el reló de la iglesia.

Apresuraron el paso, y saliendo del camino, tomaron una senda á la izquierda. Despues de haber andado un cuarto de milla, detuviéronse delante de una casa aislada, cuyo jardín estaba cercado por una tapia. Sin tomar siquiera aliento, Toby la escaló en un abrir y cerrar de ojos.

— Alárgame el chico, dijo á Sikes.

Antes que Oliverio tuviera lugar de hacer un movimiento, sintióse coger por los brazos, y un segundo despues hallábase sobre la yerba al otro lado de la tapia. Sikes se reunió con ellos bien pronto, y se dirigieron á paso de lobo hácia la casa.

Entonces fué cuando Oliverio, lleno de terror, comprendió por primera vez que la fractura, el robo, y quizás el asesinato, eran el objeto de la expedicion; retorcióse las manos y dejó escapar involuntariamente un grito de espanto. Pasóle una nube por los ojos, un sudor frio inundó su frente, flaquearon sus piernas y cayó de rodillas.

— ¡En pié! murmuró Sikes temblando de cólera y sacando la pistola del bolsillo; ¡en pié, ó te salto la tapa de los sesos!

— ¡Oh, por el amor de Dios, dejadme marchar! exclamó Oliverio; dejadme huir muy lejos para morir en medio de los campos; yo no me acercaré á Lóndres, ¡jamás, jamás! ¡Oh, tened piedad de mí y no me hagais ser ladrón: por todos los ángeles del paraíso, tened compasion de mí!

El hombre á quien se dirigia aquella ferviente súplica profirió una espantosa blasfemia, y ya habia amartillado la pistola, cuando Toby se la arrancó de la mano, y tapando la boca al chico, lo arrastró hácia la casa.

— ¡Silencio! dijo; eso no conduce á nada. Dí una palabra mas y te rompo la cabeza con mi garrote; esto no hace ruido, y el efecto es el mismo.

— Vamos, Sikes, dijo Toby, haz saltar el postigo, que el chico ya no necesita mas, yo te lo aseguro. Otros he visto de mas edad con menos valor.

Maldiciendo á Fagin por haber tenido la ocurrencia de enviar á Oliverio para formar parte de la expedicion, Sikes introdujo una palanqueta bajo el postigo, sin hacer el menor ruido, pero apoyándose en ella vigorosamente: Toby echó una mano, y bien pronto el postigo giró sobre sus goznes.

Era una pequeña ventana situada detrás de la casa á unos cinco piés del suelo, y que daba á una bodega que habia en el extremo de un anden. La abertura era tan estrecha, que los dueños de la casa habian creído inútil guarecerla con barras; pero no obstante, un muchacho como Oliverio podia muy bien pasar por ella. Sikes hizo saltar el pestillo y abrió tambien los cristales.

— Ahora, gran tunante, atencion á lo que voy á decirte, murmuró en voz baja el bandido, sacando del bolsillo una linterna sorda, con cuya luz iluminó el rostro de Oliverio. Vas á pasar por esta ventana, tomarás la linterna, subirás con el mayor silencio los escalones que se ven ahí enfrente, y despues de atravesar el vestíbulo nos abrirás la puerta de entrada.

— En la parte superior de la puerta hay un cerrojo, al cual acaso no alcances, observó Toby; súbete encima de una silla de las tres que se encuentran en el vestíbulo y que tienen el escudo de armas de la señora, que es un unicornio azul y una horquilla de oro.

— Cállate, si es posible, dijo Sikes con aire amenazador: la puerta del cuarto está abierta probablemente, ¿no es verdad?

— De par en par, contestó Toby despues de mirar por la ventana para asegurarse de ello: lo que hay de bueno es que siempre la dejan abierta, para que el perro, que tiene su cama por aquí, pueda pasearse á su gusto cuando no duerme. ¡Ah, ah! el buen Barney se ha compuesto bien para quitarnos semejante estorbo esta noche.

Aunque Crackit reia en silencio al pronunciar estas palabras, Sikes le mandó imperiosamente que se callase y empezara la tarea. Obedeció Toby, y dejando su linterna en el suelo, apoyóse contra la pared, con las manos en las rodillas, de modo que sirviese de escalon. Entonces Sikes saltó sobre él é hizo pasar suavemente por la ven-

tana á Oliverio, sin soltarle hasta que puso los piés en el suelo.

— Coge esta linterna, le dijo, dirigiendo una mirada á la habitacion; ¿ves esa escalera de enfrente?

— Sí, murmuró Oliverio mas muerto que vivo.

Entonces Sikes le señaló la puerta de entrada con el cañon de la pistola, advirtiéndole que siempre estaria al alcance del arma, y que si tropezaba caeria muerto al instante.

— Es asunto de un minuto, añadió Sikes, siempre en voz baja; voy á soltarte; sigue en línea recta; ¡atencion!

— ¿Qué es eso? murmuró Crackit escuchando atentamente.

— Nada, dijo Sikes soltando á Oliverio; ¡ea! manos á la obra.

En el poco tiempo que tuvo para coordinar sus ideas, Oliverio habia formado la firme resolucion, aunque le costase la vida, de llegar á la escalera y dar la voz de alarma. Con este pensamiento, dió dos ó tres pasos con direccion á ella.

— ¡Aquí! gritó de pronto Sikes en alta voz. ¡Aquí, aquí!

Esa exclamacion repentina, en medio de un silencio de muerte, y seguida de un agudo grito, asustó de tal modo á Oliverio, que dejando caer la linterna no supo si avanzar ó retroceder.

Dejóse oír un segundo grito; brilló una luz en lo alto de la escalera; víéronse aparecer en la meseta dos hombres medio desnudos, con aspecto aterrado... Oliverio divisó un resplandor súbito... una nube de humo... oyó luego una detonacion y un crujido extraño... despues vacilaron sus piernas y cayó á tierra.

Sikes habia desaparecido un momento, pero víósele aparecer de nuevo, y antes que el humo se disipara, habia cogido al chico por el cuello, descargando al mismo tiempo su pistola sobre los dos hombres, que huían en retirada.

— Agárrame con mas fuerza, dijo Sikes á Oliverio, haciéndole franquear la ventana. Dame un pañuelo, Toby, le han herido. ¡Pronto! ¡Condenacion, cómo sangra este chico!

El tañido de una campana agitada con violencia, fué á mezclarse con el estruendo de las armas de fuego y con los gritos de las gentes de la casa. Oliverio sintió que le llevaban por un camino escabroso con paso rápido; poco á poco perdióse el ruido en lontananza, apoderóse de él un frio mortal y se desmayó.

XXIII.

La noche era glacial; una espesa capa de nieve endurecida cubria la tierra, y el viento, soplando con violencia, arrastraba los copos acumulados en las esquinas de las calles y en las puertas de las casas. Era en fin una de aquellas noches lóbregas y frias en que las gentes bien acomodadas se agrupan ansiosas al rededor del fuego regocijándose por no hallarse á la intemperie; en tanto que los pobres sin abrigo y sin pan, se duermen para no volver á despertar sino en el otro mundo.

La señora Corney, matrona del asilo de mendicidad, donde ya hemos hecho penetrar á nuestros lectores, acababa de instalarse en su pequeña habitacion, delante de un buen fuego, y contemplaba con la mayor complacencia una mesita redonda, sobre la que habia una bandeja con todos los objetos necesarios para hacer la mas suculenta colacion que pudiera esperar una matrona.

En efecto, disponíase la señora Corney á refocilarse con una taza de té, y mirando tan pronto á la mesa como á la cafetera, donde hervia dulcemente el agua, su semblante iba adquiriendo por momentos el aire de una indecible satisfaccion.

— Verdaderamente, exclamó poniendo un codo sobre la mesa, no hay aquí bajo en la tierra ninguno que no tenga que bendecir á la Providencia, si se atiende á los dones que nos dispensa. ¡Ay de mí!

La señora Corney inclinó la cabeza con aire pensativo como si deplorase la ceguedad de los pobres que desconocen dichos dones, é introduciendo despues una cuchara de plata (propiedad suya) en una caja de té, continuó sus preparativos.

¡Qué poca cosa es suficiente para turbar la tranquilidad de nuestra alma! La cafetera, que era muy pequeña y estaba llena, se desbordó en tanto que la señora Corney se entregaba á sus reflexiones morales, y cayeron en la mano de la matrona algunas gotas de agua hirviendo.

— ¡Maldita sea la cafetera! exclamó, dejándola apresuradamente sobre la chimenea. ¡Qué invencion tan estúpida es la de estas vasijas, que no contienen sino una ó dos tazas! ¿A quién podrian servir sino á una criatura abandonada como yo? ¡Ay de mí!

Al pronunciar estas palabras, dejóse la matrona caer sobre su sillón, y volviendo á poner el codo sobre la mesa, comenzó á reflexionar sobre su solitaria existencia. La pequeña cafetera, de una taza de cabida, acababa de despertar en su mente el recuerdo del difunto señor Corney, á quien habia enterrado veinte y cinco años antes, y cayó en una profunda melancolia.

— ¡Jamás tendré otro! murmuró con acento lastimero; jamás tendré otro... igual. ¡Ay de mí!

No seria muy fácil decir si la exclamacion de la señora Corney se dirigia á su difunto esposo ó á la cafetera; pero es probable que fuese á esta última, pues la miró en el mismo instante y la puso sobre la mesa. Al

acercar la taza á sus labios, llamaron suavemente á la puerta.

— ¡Entrad! exclamó con viveza; supongo que será alguna mujer que se muere; siempre se les ocurre irse al otro mundo precisamente cuando estoy á la mesa; entrad pronto y cerrad la puerta para que no penetre el frio en la habitacion. Y bien, ¿qué hay?

— Nada, señora, nada, contestó una voz de hombre.

— ¡Bondad divina! exclamó la matrona con dulzura; ¿sois vos, señor Bumble?

— Para serviros, señora, contestó el bedel, que despues de haberse limpiado los piés en el ruedo y sacudido la nieve de que estaba cubierto su traje, hacia su entrada en el cuarto con el tricordio en una mano y un paquete debajo del brazo.

— ¿Quereis que cierre la puerta? preguntó Bumble.

La dama vaciló un momento en constestar, temiendo sin duda que fuese inconveniente estar con el bedel á puerta cerrada; pero entre tanto este aprovechóse de la vacilacion y cerró sin mas autorizacion, porque tenia frio.

— ¡Qué tiempo tan infernal, amigo Bumble! dijo la matrona.

— Teneis razon, señora, es un tiempo antiparroquial. ¿Quereis creer, señora Corney, que hemos distribuido en este dia de bendicion veinte y cinco panes de á cuatro libras y queso y medio, sin que esos mendigos estén todavia contentos?

— ¡Vaya una maravilla! pues qué, ¿están contentos alguna vez? repuso la matrona saboreando su té.

— ¡Ah! es cierto, señora. Mirad, hay un individuo, al cual, en consideracion á su numerosa familia, se le ha concedido un pan de cuatro libras y una libra de queso; ¿os parece que con esto ha quedado contento? Pues no señora; aun ha tenido el atrevimiento de pedir carbon; y ¿para qué? Sin duda queria quemar el queso para volver luego á pedir mas. Esos picaros pobres hacen siempre lo mismo; dadles hoy carbon y mañana volverán pidiendo doble cantidad. Tienen un descarado inaudito.

La matrona aprobó estas palabras, y el bedel continuó de este modo:

— No es posible figurarse hasta dónde llega su insolencia; sin ir mas allá, anteayer un hombre... habeis sido casada, señora, y por esto puedo entrar en estos detalles; un hombre, apenas cubierto (la señora Corney bajó los ojos) con unos harapos, se presentó en la puerta de nuestro vigilante, que precisamente tenia convidados, y dijo que era preciso le diesen socorro. Como no queria irse, y estaba dando escándalo, nuestro vigilante hizo que le diesen una libra de patatas y un tazón de puches. ¡Dios mio! dijo aquel monstruo de ingratitude, ¿qué quereis que haga con esto? Tanto valdria darme unas antiparras. — Muy bien, contestó nuestro vigilante volviendo á tomar las provisiones, entonces no se os dará nada. — ¿Y tendré que morir de hambre? dijo el pobre? — ¡Oh! no os morireis, replicó el vigilante.

— ¡Ah, ah! eso es magnífico, interrumpió la matrona; segura estoy que se trata del señor Granet. ¿Y despues?

— Despues, señora, marchóse el pobre y se murió en la calle. ¡Habrás visto testarudo semejante!

— Eso traspasa todos los límites, observó la matrona con dignidad; pero ¿no os parece, amigo Bumble, que los socorros que se dan fuera del establecimiento, nunca tienen muy buen resultado? Vos, que sois hombre de experiencia, podreis juzgar.

— Señora Corney, dijo el bedel sonriendo como un hombre que tiene la conciencia de su superioridad; los socorros que se distribuyen fuera del asilo, si se dan con discernimiento, ¿lo entendeis, señora? con discernimiento, son la salvaguardia de las parroquias. El fundamento principal de la asistencia exterior es suministrar á los pobres todo aquello con lo que nada pueden hacer, hasta que cansados de tanta incomodidad dejan de ser importunos.

— ¡Cierto! exclamó la señora Corney; hé ahí una idea luminosa.

— Sí, y dicho sea entre nosotros, es el gran principio del sistema, repuso Bumble; en virtud de este principio, se socorre á las familias enfermas haciéndoles una distribucion de queso, como dicen los insolentes perodistas, que se mezclan en todo aquello que no les importa. Dicho principio, señora Corney, se halla ahora en vigor en todo el reino. Sin embargo, añadió abriendo el paquete que llevaba en la mano, estos son secretos administrativos sobre los cuales se debe guardar el mas profundo silencio, no tratándose de funcionarios parroquiales, como nosotros por ejemplo. Hé aquí el oportuno que la administracion destina á la enfermeria; es de excelente calidad, natural, puro de toda mezcla, claro como el agua de roca y sin ningun depósito.

Despues de haber aproximado las dos botellas á la luz, agitándolas para mostrar la buena calidad del vino, el bedel las puso en su bolsillo y cogió el sombrero como para marcharse.

— Vais á coger mucho frio, amigo Bumble, dijo la matrona.

— Hace un viento que corta la cara, contestó el bedel levantando el cuello del gaban.

La señora Corney miró á la tetera, despues al bedel, que se dirigia hácia la puerta, y como le oyese toser cuando iba á dar las buenas noches, preguntóle tímidamente... si queria aceptar una taza de té.

En el momento, el bedel bajó el cuello de su gaban, puso su sombrero y su baston en una silla, y aproximando otra á la mesa sentóse lentamente, mirando á la

